

BOLSILIBROS
BRUGUERA

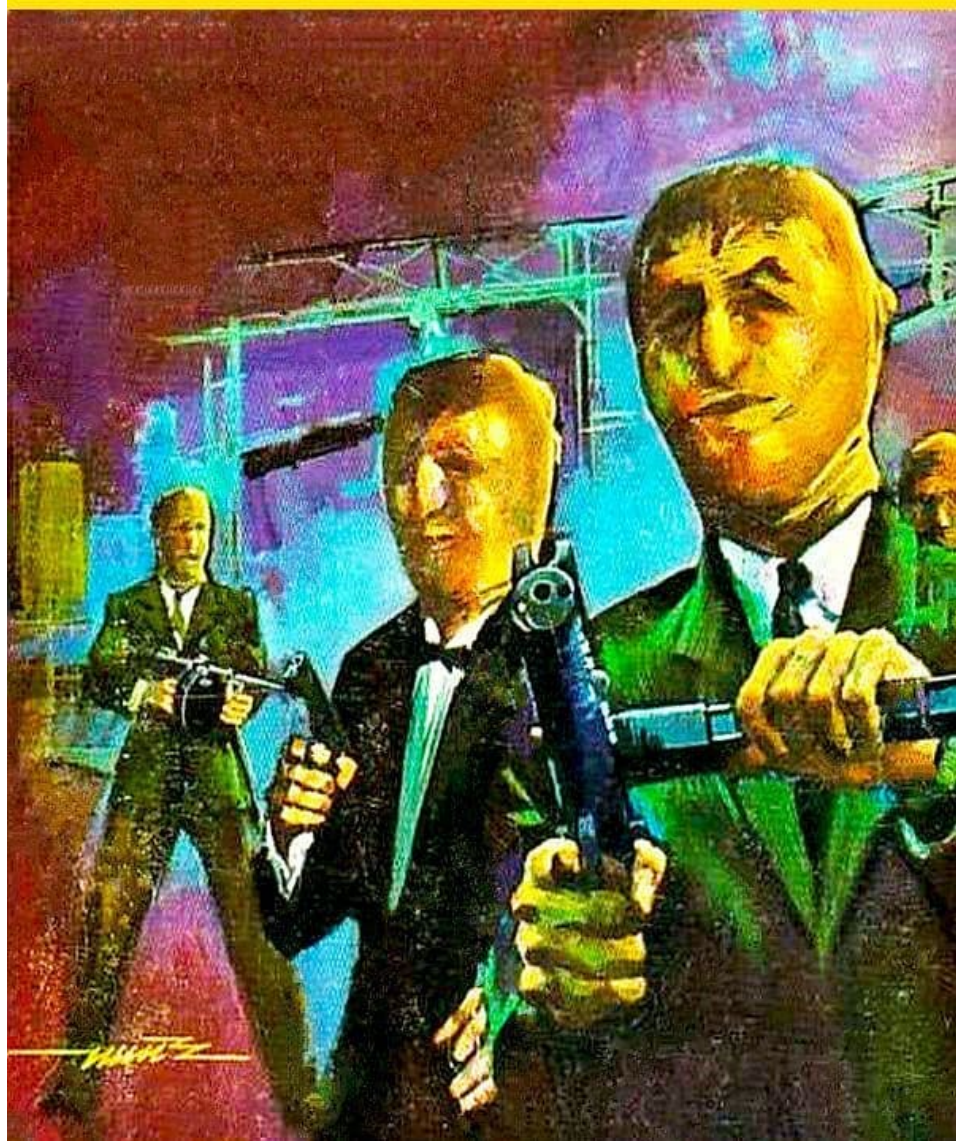
SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

el hotel de la muerte

vic logan



San Francisco de California, entre 8,30 y 9,15 de la noche de un día del mes de octubre de 1967...

En el
Seven's
Club la gente se divierte.

Entre la gente está Lorna Garry.

Lorna no baila como la mayoría, tiene un diálogo misterioso:

—El asesinato es una ciencia exacta. Lo que ocurre es que los criminales no lo han comprendido todavía.

El ex teniente de la brigada de homicidios Barry Chandler sonrió como si acabara de oír la ocurrencia de una chiquilla.



Vic Logan

El hotel de la muerte

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1017

ePub r1.0

Lds 24.01.18

Título original: *El hotel de la muerte*

Vic Logan, 1970

Cubierta: Jorge Nuñez

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

San Francisco de California, entre 8,30 y 9,15 de la noche de un día del mes de octubre de 1967...

En el

Seven's

Club la gente se divierte.

Entre la gente está Lorna Garry.

Lorna no baila como la mayoría, tiene un diálogo misterioso:

—El asesinato es una ciencia exacta. Lo que ocurre es que los criminales no lo han comprendido todavía.

El ex teniente de la brigada de homicidios Barry Chandler sonrió como si acabara de oír la ocurrencia de una chiquilla.

—Como pongas una escuela para criminales, Lorna, compadezco a los pobres policías.

—No te burles, Barry. Yo he sostenido siempre que es posible el crimen perfecto y no digamos del robo. ¿Cuántos casos tenéis en tu distrito por esclarecer, eh? ¡Vamos, sé sincero!

—¡Oh, Lorna! Eso se acabó para mí. Ahora soy escritor y no de novelas policíacas precisamente. Detesto el ambiente del crimen.

Lorna hizo un gesto desdenoso y se volvió hacia la otra pareja que ocupaba la mesa.

—¡Bah! Lo que ocurre es que Barry se cree superior a los demás y no acepta que los criminales, si meditasen bien antes de cometer un delito, no habría quien les descubriera. Tengo varios ejemplos.

—¡Oh, Lorna! Por favor, no estropees la noche contando tus experiencias teóricas.

—¿Que no estropee la noche? —exclamó ella, con una mirada fulminante hacia el ex oficial de policía.

—Lorna, tú lees demasiadas novelas detectivescas y esto te ha

calentado los sesos. En las novelas todo ocurre tal como el autor lo ha planeado, y los personajes, por más humanos que parezcan, son simples muñecos manejados por su creador. No puede haber error posible. Todo sale sin fallos y si los hay es para crear un *suspense* a fin de impresionar al lector, pero nada más. Todo es ficción. En la realidad es muy distinto, y un asesino o un ladrón, a la larga, siempre acaba delatándose a sí mismo.

—Eso lo decís los policías para quedar bien.

—Te recuerdo, querida Lorna, que ya no soy policía.

Ida, la muchacha que formaba con el pintor Thomas Monahan la otra pareja, protestó divertida:

—¿Por qué no la dejas que se explique, Barry? Es muy interesante lo que dice.

—Simplemente porque están tocando una música preciosa y no he invitado a Lorna para escuchar lecciones teóricas procriminalidad. Entonces, ¿bailamos?

—¿Lecciones teóricas procriminalidad? —inquirió ella, con gesto molesto.

—¿Cómo llamarías tú esa defensa encarnizada en favor del crimen?

—Yo no defiendo el crimen. Digo simplemente que es posible realizar cualquier delito y que quede impune, y puedo demostrarlo.

—Por Dios, Lorna —sonrió Barry—. No se te ocurra matar a alguien sólo para apoyar con pruebas tu tesis, y créeme, es mucho mejor que bailemos.

—Una excelente idea —corroboró el pintor.

Y Lorna tuvo que acceder, aunque no por ello omitió la última palabra:

—Algún día tendrás que darme la razón, Barry. Ya lo verás. El ex policía no le hizo el menor caso.

* * *

Como si alguien quisiera dar la razón a Lorna Garry, un coche negro, matrícula de Oregon, se detenía cerca del callejón contiguo a la fábrica conservera Lockar Ltda., en Oakland.

Del automóvil descendieron cuatro hombres.

Vestían los cuatro trajes azules. Tenían una altura aproximada y

similar corpulencia.

Vistos de espalda hubiera resultado bastante difícil identificarles.

Se metieron en el callejón uno tras otro y anduvieron hasta una pequeña puerta.

Uno de ellos sacó del bolsillo una llave para abrir.

Pero antes...

—Las medias —dijo con voz susurrante.

Los otros tres sacaron de sus respectivos bolsillos tres fundas de *nylon* con las que se cubrieron los rostros.

El que había sacado la llave y parecía ser el jefe hizo lo propio antes de abrir la puerta.

A través de las fundas que cubrían aquellas cuatro cabezas que usaban además sombreros exactamente iguales, se miraron unos a otros como convencidos de que se hallaban en la «hora cero». Allí comenzaba el delito.

Dentro, al otro lado de la puerta, tropezarían con dos guardas; luego, a través de un corredor, llegarían al despacho donde dos hombres estarían entregados a la tarea de distribuir la nómina de los mil quinientos empleados de la fábrica, con un total de casi dos millones de dólares.

Todavía antes de hacer girar la llave, el jefe dijo:

—Ya sabéis. Durante el «trabajo» ni una palabra, y después que nadie tenga prisa.

Seguiremos con el plan previsto.

—Es mucho tiempo, Nick —murmuró uno.

—Pero los riesgos los correré yo. Nadie podrá identificarme. Mi plan es perfecto y más vale esperar algún tiempo que exponerse a que nos detengan antes de haber podido disfrutar del dinero.

Nadie objetó nada. Todos confiaban en Nick.

Su nombre completo era Nick Hopkins; su nombre iba a sonar bastante en días sucesivos.

Y Nick dio, por fin, la vuelta a la llave.

La puerta cedió y los cuatro hombres entraron en un patio cercado, yendo rápidamente hacia otro portal que comunicaba con una salita.

Allí era donde estaban los dos guardas.

Nick colocó a sus hombres con un gesto.

Dos de ellos se apostaron uno a cada lado de la pared, otro se colocó detrás de unas cajas de embalaje vacías.

Nick llamó a la puerta que cerraba el paso.

Cada uno llevaba un revólver provisto de silenciador.

Al otro lado de la mampara, uno de los guardas preguntó:

—¿Quién es?

—Abra. Soy Simpson. Me he dejado la llave.

El guarda miró a su compañero, se encogió de hombros al tiempo que sacaba su pistola por precaución, mientras el otro le imitaba.

Abrió la puerta.

Nick disparó a quemarropa dos veces.

El guarda cayó fulminado, reflejando la sorpresa en sus ojos, ya sin vida, agrandados desmesuradamente por la muerte inesperada.

Nick se hizo a un lado para evitar la réplica del otro agente, que cometió la imprudencia de seguirle.

Apenas había cruzado el umbral, tres revólveres apuntaron a su cuerpo, disparando al unísono. El silenciador anuló por completo lo que hubieran sido tres estampidos.

El segundo guarda cayó empujado hacia atrás. Estaba muerto antes de que su cuerpo quedara inerte en el suelo.

En silencio, deslizándose con felina agilidad, los cuatro hombres cruzaron la estancia encaminándose por el corredor hacia las dependencias interiores.

Nick señaló una de las puertas.

Probó a abrir. Estaba cerrada por dentro.

Con su revólver que no había abandonado, apuntó a la cerradura y disparó hasta tres veces.

El silenciador evitó que los disparos pudieran ser oídos, pero el chasquido de la cerradura puso en guardia a los dos empleados, que al ver abrirse la puerta se levantaron llenos de sobresalto.

Inmediatamente se vieron amenazados por cuatro revólveres.

A un gesto de Nick, dos de los hombres procedieron a recoger los montones de dinero que estaban sobre la mesa.

Utilizaron bolsas de plástico opacas.

Uno se dedicó a la caja fuerte, donde ya estaban depositados algunos sobres con la nómina personal de cada empleado y sacó además las pocas reservas de dinero que había en billetes de a cinco

y diez dólares.

Nick se limitaba a encañonar a los dos sorprendidos y asustados empleados, que no hicieron el menor movimiento en todo el tiempo.

Todo sucedió en tres minutos, sin que mediara entre atracadores y atracados la menor palabra.

Al cabo de este tiempo, tres grandes bolsas de plástico habían sido llenadas y Nick hizo un gesto conminando a los dos hombres a que se volvieran de espaldas.

Tras unos segundos de duda, de miedo, de incertidumbre, los dos empleados obedecieron.

Nick actuó con certera rapidez.

Levantó el cañón de su revólver y descargó sendos golpes en las cabezas de aquel par de infelices, que cayeron desplomados, inconscientes.

El atraco había resultado de una facilidad pasmosa.

Momentos después, los cuatro hombres abandonaban la fábrica por el callejón.

—Llevaos el coche —dijo Nick—. Dejadlo en el mismo sitio donde lo tomamos y dispersaos, ya sabréis de mí.

—¿Y el dinero? —preguntó uno.

—El dinero lo guardaré yo, tal como está previsto.

—¿Por qué no repartimos ahora? —siguió preguntando el mismo.

—No es momento de discutir, Jack. Ya acordamos cómo se harían las cosas.

Cada cual entregó su bolsa antes de subir al coche con el que partieron inmediatamente.

Nick, con los tres envases, cruzó la calle, tomó la inmediata travesía y se metió en un coche pequeño, de fabricación europea, y desapareció. El atraco todavía tardaría bastante en descubrirse.

* * *

Nick Hopkins sólo empleó diez minutos en colocar el dinero en un maletín y llevarlo a una consigna pública al otro lado del puente, y cambiarse de ropa en el mismo coche.

Cuando entró en el

Seven's

Club, vestía de gris con cierta elegancia. También su sombrero blanco —como los otros durante el atraco— lo había cambiado por otro de azul oscuro, que hacía juego con su corbata.

En apariencia era un cliente más que entraba en el local, a los veinte minutos de haber cometido el atraco en la fábrica conservera.

Se sentó en la barra y pidió un *whisky*, mientras daba la vuelta al taburete y contemplaba el ambiente.

Mientras el camarero le servía la consumición, los ojos de Nick se fijaron en el bolso de Lorna, que estaba sobre la mesa, al lado del de Ida.

Ambas muchachas estaban entregadas al placer del baile con sus respectivas parejas.

Nick tomó su *whisky*, pagó y se encaminó tranquilamente hacia la mesa.

Miró nuevamente alrededor y sin gran disimulo cogió los dos bolsos femeninos y se dispuso a huir sin precipitación.

A Lorna, que en brazos del atlético y varonil Barry ya se le habían olvidado sus ideas criminalistas, se le ocurrió mirar en aquel momento, a tiempo de ver cómo Nick se llevaba los dos bolsos.

—¡Un ladrón! ¡Un ladrón! —gritó.

—¡Oh, Lorna! ¿Ya empezamos otra vez? —exclamó Barry, visiblemente resignado.

—¡Que se lleva mi bolso!

—¿Eh?

Entonces Barry se volvió y vio cómo Nick, con los bolsos de las dos muchachas, tomaba carrera para alcanzar la salida de la parte posterior del local.

Lorna echó a correr decidida.

—¡Espera! —gritó Barry—. Esto no es cosa tuya.

Los encargados de guardar el orden del local se apresuraron a cortar la salida al ladrón.

Nick soltó los bolsos y se abrió paso por entre las parejas que bailaban o que seguían en la pista paradas, intentando ver lo que ocurría.

En su intento de huida, Nick derribaba mesas y sillas.

El encargado del local estaba deseando que al fin pudiera ser

apresado aquel hombre, antes de que el escándalo fuese mucho mayor.

Lorna seguía chillando.

—¡Cuidado! Intenta escapar por la ventana. ¡Deténle, Barry! Date prisa.

Ahora a Lorna ya no le importaba el bolso en sí, sino la captura del ladrón.

Barry lo atajó, cortándole la salida.

Nick intentó forcejear con él, pero el ex policía, más ducho, le sacudió con la derecha, alcanzándole en la mandíbula y derribándole contra otra mesa.

Nick quedó completamente acorralado.

Se levantó fijando la mirada en Lorna.

—Debió usted callar, nenita. Habría sido mucho mejor... Pero, descuide, nunca se me olvidará su rostro. Se lo aseguro.

Aquellas palabras eran toda una amenaza directa.

Ida, un poco más apartada, bajó la mirada como si temiera algo. Tom, el pintor, la sujetaba por el brazo con fuerza.

—Vámonos de aquí —dijo Barry.

—¡Oh, no! Hay que avisar a la policía —exclamó Lorna.

Generalmente, los dueños o encargados de los clubs o restaurantes, prefieren arreglar esas esporádicas cuestiones por sí mismos, procurando en todo momento evitar la presencia de la policía, en bien del local, pero cuando un cliente insiste en presentar la correspondiente denuncia, no tienen más remedio que complacerle, ya que, por otra parte, es lo legal.

Y Lorna siguió insistiendo al respecto.

Poco después, la policía hacía acto de presencia.

CAPÍTULO II

Nick Hopkins fue arrestado.

En realidad es lo que él estaba deseando, aunque esto sólo lo sabían el propio Nick y los que le habían acompañado en el atraco cometido minutos antes.

Un detective de la metropolitana, amigo de Barry, se encargó del asunto.

—Tendrá que prestar declaración —dijo a Lorna.

—Eso puede arreglarse —replicó Barry—. No es más que un «rata» de *cabaret*, que carece de experiencia.

—Yo quiero ir —dijo Lorna—. A los ladrones y criminales hay que castigarles como merecen.

Y volviéndose hacia Barry, añadió:

—¡Ya ves que no voy a favor de ellos!

Barry se encogió de hombros resignado.

Ida seguía silenciosa, como si todo lo sucedido le hubiese quitado la alegría por completo.

El detective se despidió de las dos mujeres.

—Entonces, hasta que se celebre el juicio.

—¿De veras quieres ir? —preguntó Barry, haciendo una última intentona.

—Bueno —replicó el detective—, puedes ir tú en su lugar. Es cosa de puro trámite.

Pero Lorna no estaba dispuesta a perderse la cosa y protestó:

—El bolso era mío. Ida y yo iremos a declarar. Ella también fue robada.

El detective sonrió, encogiéndose de hombros.

Barry miró a su compañera con un gesto de reproche casi paternal.

—¡Oh, Lorna!

—¡Barry! A veces dudo de que hayas sido realmente policía. Ese hombre es un criminal en potencia. Tal vez éste sea su primer delito, pero no se puede ser condescendiente con los que empiezan. Se comienza con un bolso y se acaba atracando un Banco.

Lorna decía bien, aunque ignoraba que en aquel caso concreto había sucedido lo que ella manifestaba, pero al revés.

Eso, precisamente, formaba parte del pían de Nick Hopkins.

Se lo habían llevado.

Para las dos parejas la noche concluyó. En sendos coches, cada uno de los hombres acompañó a su respectiva pareja.

Lorna vivía en una de las más lujosas mansiones de la colina que dominaba toda la bahía, con la Golden Gate al fondo.

En la entrada, protegida por una verja que rodeaba el amplio parque de la residencia, podía leerse:

«Gene Lockar»

Un dispositivo electrónico situado en el suelo, funcionó unos metros antes de que el coche llegara a la verja, y ésta se abrió automáticamente.

Barry condujo el automóvil hasta el arranque de los cuatro escalones de mármol que daban acceso a la puerta principal de la casa.

Había luz en el interior.

—Tío Gene debe estar trabajando —murmuró—. ¿Entras a tomar una copa? Yo la necesito. Sobre todo después de lo sucedido.

El accedió.

Le gustaba Lorna, aunque no acababa de agradecerle aquella desmesurada afición suya para los temas policíacos.

Sacó la llave del bolso para abrir la puerta, pero no fue necesario porque un estirado y afable mayordomo con rostro grave les franqueó la entrada.

—Hola, Clinton —saludó ella, con campechanería al servidor—. ¿Qué hace levantado todavía?

—Señorita, ha ocurrido una desgracia.

—¿Qué?

—Acaban de comunicar que en la fábrica de su tío se ha cometido un atraco. Han matado a los dos guardas y han robado la

nómina. Ahora su señor tío está allí.

Lorna, visiblemente excitada, exclamó:

—¡Vamos, Barry! Acompáñame. Quiero ver lo que ha sucedido.

* * *

—Eran las ocho treinta y cinco —decía uno de los empleados, palpándose la cabeza en el lugar donde había sido golpeado—. Lo recuerdo porque acababa de mirar el reloj. Íbamos bien de tiempo. Casi siempre solemos salir alrededor de las nueve los días que tenemos que preparar los semanales, pero hoy apenas si nos faltaban veinte minutos para concluir, y entonces oímos un ruido extraño en la puerta. La cerradura saltó y enseguida aparecieron los cuatro enmascarados con un revólver cada uno.

—¿Podrían identificarles? —inquirió el oficial encargado del caso.

—Es difícil, los cuatro parecían gemelos. Vestían lo mismo y eran de estatura parecida, y además esas máscaras...

—¿Qué clase de máscaras? —preguntó Lorna, mezclándose en la cuestión.

—Parecían transparentes, como medias de *nylon* —dijo el empleado.

Gene Lockar, el propietario, estaba consternado.

—Dos hombres muertos. Ambos eran padres de familia. No sé cómo podré dar esa noticia a sus esposas.

—Si quieres puedo hacerlo yo, tío Gene —adujo la muchacha—. No es que me resulte agradable, pero las mujeres tenemos más tacto.

Barry asistía en calidad de espectador.

Su intuición de ex policía, la rutina habitual, le hacían ojear todos los rincones, intentando percibir instintivamente los menores detalles que pudieran conducir al inicio del hilo.

El oficial encargado del asunto, teniente Parker, murmuró:

—De lo que no hay duda es de que tenían una llave para abrir la puerta del patio.

Se basaba por el lugar donde habían sido hallados los cadáveres de los dos guardas, lejos de la puerta que daba acceso al patio, y junto a la entrada de las dependencias interiores.

—Esto nos lleva —siguió el teniente Parker— a considerar que los atracadores habían conseguido una llave.

—Con un molde es fácil —adujo Lorna, interviniendo de nuevo, ante la mirada de cariñoso reproche que le dedicó Barry.

—Lorna...

—Sí, sí —insistió ella—. El que consiguió la llave tuvo que sacar un molde, a menos que fuera uno de los mismos empleados.

Barry hizo un gesto de impotencia, mientras Lorna se volvía hacia su tío, con ojos bien expresivos de lo que estaba sospechando.

El señor Lockar mostró su desconcierto.

—¿Uno de mis empleados? ¡Oh, no! No puede ser. Me gusta conocer a mi gente. No..., no es posible.

—Tendrá que darme una lista de todo el personal, señor Lockar —pidió el teniente Parker.

—Sí, desde luego, pero... es increíble. Un duplicado de una llave, facilitada por uno de mis obreros... No, no... Yo tengo confianza en todos.

—¡Tío! —exclamó la muchacha—. Debes hacer lo que te pide el teniente.

Descubriendo al cómplice tendrás al atracador y a los asesinos.

Y Lorna añadió, volviéndose al resignado Barry:

—Sí, sí. Hay una técnica para el asesinato, pero también la hay para descubrirlo.

—¡Vámonos, Lorna! Es tarde. Te llevaré a casa, y deja que el teniente Parker lleve las cosas a su modo.

Lockar asintió con la cabeza y Parker suspiró tranquilo.

Lorna, mal que bien, se dejó conducir a regañadientes por Barry, dejando que los policías, buscadores de huellas, fotógrafos y el forense, junto con los demás técnicos, continuaran su labor.

Y de regreso a la villa de la colina, Lorna protestaba coa cierta energía:

—A veces creo que tienes la sangre de horchata, Barry. Se ha cometido un atraco, han muerto dos hombres y tú sin hacer nada. ¿Dónde están tus dotes detectivescas?

—Nena... Yo lamento de veras la muerte de esos dos padres de familia, y deseo tanto como tú que los criminales sean castigados, pero recuerda que he dejado de ser policía.

No es asunto que me competa... ¿No lo comprendes?

—¡Se trata de mi tío! —protestó ella.

—¡De acuerdo, nena! Se trata de tu tío, pero métete en la cabeza que yo carezco de jurisdicción. No soy nada para la policía. En estos momentos soy un ciudadano particular como tú, como tú mismo tío.

—¿Y no piensas investigar?

—¿Yo?

—¡Sí, tú! —exclamó ella, furiosa.

—¡Oh, Lorna! Estás sacando las cosas de quicio. Yo no puedo... ¡No puedo! ¿Comprendes?

Habían llegado a la verja de la villa. Las puertas automáticas se abrieron al pisar las ruedas del automóvil el resorte electrónico.

Lorna lanzó un bufido.

—¡Barry Chandler! No se te ocurra volver a pedirme que salga contigo. ¡Adiós!

El había frenado el coche y ella abrió la puerta, saliendo con todo el enojo que era capaz de sentir.

Dio un portazo y machacó:

—¡Nunca más, Barry! ¡Nunca más vuelvas ni siquiera a telefonearme!

CAPÍTULO III

Barry Chandler y Lorna Garry se casaron dieciocho meses más tarde.

—Sí quiero —pronunció ella la frase de ritual.

Se colocaron los anillos. Los invitados echaron arroz a los recién desposados.

El atraco con el doble crimen cometido año y medio antes, ya no era tema de preocupación para Lorna. Tenía cosas mejores en que pensar; su luna de miel por ejemplo, y él —Barry— había aumentado su fama como escritor. Era un hombre importante en el mundo literario de los Estados Unidos.

La policía de San Francisco tenía el asunto todavía pendiente de aclaración. No había sido posible encontrar a ninguno de los cuatro hombres vestidos de azul que con máscaras de *nylon* en el rostro cometieron la fechoría.

Nick Hopkins seguía en prisión, cumpliendo condena^[1].

Nick esperaba salir de la cárcel para seguir el plan que se había trazado. Según él, un plan perfecto, un plan que no podía fallar.

Entre rejas aguardaba con una sonrisa cínica el memento de su libertad.

Lorna y Barry pasaron tres días —los tres primeros días de su luna de miel— en una casita de la costa, que el escritor y ex policía había comprado.

Lorna se sentía feliz. Barry era un marido enamorado, complaciente, afectuoso.

Vivieron tres jornadas en completo aislamiento, luego les esperaba la luna de miel.

El teléfono sonó en la casa, cuando el hombre estaba besando a su esposa.

—¡Oh! ¡Déjalo! No contestes —murmuró ella.

—Son los pasajes. Estoy seguro.

—¡Los pasajes! ¡Cariño! Me había olvidado por completo de nuestro viaje.

—Te gustará París en primavera. ¿No conoces el refrán?

Ella sonrió divertida.

—¡Oh, sí! Los americanos buenos cuando se mueren van a París.

Barry contestó a la llamada. Era de la agencia de viajes, tal como había supuesto.

—Sí..., de acuerdo. —Oyó ella cómo su marido contestaba a través del auricular—. Mañana por la mañana, sí. Iremos directamente a la agencia. Muy bien... Hasta mañana entonces.

Colgó y se dirigió a su esposa:

—Todo solucionado. Nuestro avión parte al mediodía.

—¿A qué hora llegaremos?

—Pues..., con el cambio de horario, déjame pensar...

A medianoche. Una hora estupenda para ir a divertirse. Luego... la Costa Azul. En esta época está maravillosamente tranquila. Luego Italia, España y...

Ella no le dejó continuar. Se echó en sus brazos buscando que él la abrazara y Barry no necesitó de más incentivos para complacerla.

Entonces llamaron a la puerta.

—¡Oh! ¿Quién puede ser ahora? —protestó ella.

—El mejor modo de averiguarlo es yendo a abrir. No te muevas. Yo lo haré.

Barry cruzó el amplio *living* camino del vestíbulo.

La campanilla volvió a insistir.

—Ya voy, ya voy —dijo Barry, alzando la voz.

Poco después, cuando abría la puerta, quedó bastante sorprendido al no ver a nadie.

Salió un instante, colocándose bajo el pequeño porche o marquesina que cubría la entrada.

Oteó a uno y otro lado.

La explanada, el sendero, todo parecía desierto.

La suave brisa agitaba las hojas de los pequeños arbustos que con el tiempo irían creciendo, proporcionando una agradable sombra al lugar.

Los rosales, los geranios, todo olía a primavera. Sin embargo,

¡alguien había llamado!

¡Dos veces!

—¿Quién es, cielo? —gritó Lorna desde el *living*.

Barry salió fuera para poder ver mejor.

—¡Barry! —exclamó nuevamente su esposa.

Y como él no contestara, avanzó hacia el *hall*.

Barry entraba de nuevo en la casa.

—Debe de haber sido el viento —sonrió, para no preocupar a su mujer ni despertarle sus instintos detectivescos.

—¿El viento? —inquirió ella.

Barry se encogió de hombros, como sin darle importancia; acentuó su sonrisa murmurando:

—Prepara un «martini». Es hora de cenar y me gusta tomar un buen «martini» antes. ¿Recuerdas?

Ella asintió, mientras el joven se encaminaba hacia uno de los muebles del *living* y, volviéndose de espaldas a Lorna para que no pudiera verle, extrajo un revólver que se guardó disimuladamente en el bolsillo.

El teléfono sonó en aquellos instantes.

Lorna lo tomó antes de que su marido pudiera hacerlo.

—¿Diga? —preguntó.

Al otro lado del hilo contestó la voz de Ida.

—¡Hola, Lorna! Sentiría molestarte, pero recuerdo que dijiste que os iríais mañana y a Tom y a mí nos gustaría ir a despediros.

—Saldremos a mediodía, Ida. En avión. Y nuestra primera etapa será París.

—¡Oh, qué fantástico! ¡Cómo te envidio, Lorna! —replicó la amiga, y añadió decidida—: Tom y yo estaremos en el aeropuerto.

—Me parece muy bien, Ida.

Colgó y se volvió hacia su marido que estaba mirando a través de un ventanal por el cual se divisaba el sector que se dirigía hacia las rocas del acantilado. El fondo era el azul grisáceo del Océano, con los últimos rayos del sol que estaban ocultándose tras el horizonte.

Era un espectáculo realmente maravilloso, pero Barry no parecía subyugado por la belleza policromada de la puesta del astro rey; parecía intuir como si entre las rocas se ocultara alguien..., alguien que esperara a que anocheciera...

—¿Estás preocupado por algo, cariño? —inquirió Lorna, tras la cena que ella misma preparó.

—¡Oh, no! —sonrió él.

—Parecías absorto, como si pensaras algo. ¿Tal vez se te ha ocurrido alguna idea? Me refiero para algún libro.

—Pues, no. Prometí pensar solamente en ti.

Muy suspicaz, Lorna murmuró:

—Piensas en la llamada de antes, ¿verdad?

—¿La llamada?

—Sí. La campanilla sonó. Y no fue el viento quien la agitó.

—Probablemente algún bromista —replicó él, para quitarle importancia al hecho—. La casa está aislada. Hay medio kilómetro hasta la carretera general. ¿Crees de veras que un bromista se salió de la ruta para venir hasta nuestra puerta con el único fin de tocar la campana?

—No hay por qué preocuparse, Lorna. Abrí y no había nadie. A veces suceden cosas que parecen inexplicables...

Lorna «sabía» que las palabras de su marido carecían de fundamento. Él estaba preocupado.

Aquella llamada resultaba un tanto extraña.

—¿Un ladrón tal vez? —insistió ella.

Barry cedió.

—Probablemente pudo ser alguien que intentara robar y quiso cerciorarse primero de si la casa estaba habitada o no. Posiblemente no volverá a molestarnos.

Se hizo un silencio.

Lorna no estaba asustada. Estaba reviviendo su *hobby* por las cosas misteriosas. Su espíritu de detective en potencia hacía trabajar su imaginación.

—Creo que hay que registrar palmo a palmo todos los alrededores.

—Ni pensarlo —replicó él—. Si es un ladrón, se habrá ido... Además, no vamos a perder el tiempo por una tontería así.

De nuevo Barry quiso mostrarse seguro, pero...

Algo flotaba en el ambiente.

¿Era realmente un ladrón?

CAPÍTULO IV

—¡Nueva información sobre el misterioso pirómano! ¡Lean las últimas noticias! —voceaba un vendedor de periódicos en la calle.

La gente empezaba a interesarse por aquel asunto que había comenzado una semana antes, con el incendio de un pequeño almacén de madera.

Tras las investigaciones preliminares se llegó a la conclusión de que el fuego había sido provocado, y se confirmó el hecho cuando el día siguiente, y aproximadamente a la misma hora del día anterior, alrededor de medianoche... ardió un taller de reparaciones, cuyo encargado aseguró haber visto una sombra moverse, antes de que estallara un bidón de petróleo.

Ese mismo personaje misterioso prendió fuego en un *bungalow* dos días después, y no hubo víctimas gracias a que sus moradores se habían ido de viaje solo unas horas antes.

Por fin, el pirómano cometió su última «hazaña» el día antes, al incendiar otra casa aislada, donde murió abrasado un joven matrimonio.

Ahora los periódicos informaban de la acción de la policía, encaminada a acorralar al maníaco del fuego, aunque al parecer carecían de pista alguna.

Las emisoras de radio advertían con insistencia:

—... Sobre todo los que vivan en lugares apartados, tomen toda clase de precauciones. El pirómano puede estar en cualquier sitio. Abran bien los ojos. No se confíen...

Barry y Lorna quizá eran los únicos que ignoraban todo aquello.

Con los preparativos de la boda y aquellos tres días en la villa de la costa, permanecían aislados del mundo, ignorantes de cuanto ocurría al otro lado de las paredes de aquel nido de amor.

Barry llevaba puesto el pijama, y mientras ella había entrado en el baño, aprovechó para colocar el revólver bajo la almohada.

Había encendido las luces que rodeaban la villa, pero quedaban zonas oscuras.

Mirando a través del ventanal, mientras su mujer seguía en el baño, intentó descubrir algo.

Sin embargo, no pudo ver cómo unas ramas se movían y una sombra indefinida permanecía con la mirada fija a la luz de la ventana.

Lorna salió del baño luciendo un minicamisón.

—Es nuevo. ¿Te gusta? —preguntó.

—Tú estás bien de cualquier forma, cariño.

Se acercó para besarla.

Tras el abrazo, ella murmuró:

—¡Oh! Mañana tendremos que madrugar. Todavía está el equipaje sin hacer.

—No importa. Compraremos cosas en París.

—¡Oh, no! Tengo muchos vestidos por estrenar. Quiero llevármelos. Además, me encanta hacer maletas.

—Bien. Te llamaré a las siete si lo deseas.

—No nos vamos a despertar. ¿Por qué no llamas para que nos despierten?

—Querida, nuestro avión sale a las doce. Tenemos tiempo.

—Estaré más segura si llamas.

—Como tú quieras. ¿A las siete entonces?

—Mejor a las seis y media —puntualizó ella.

—De acuerdo.

Barry tomó el teléfono y enseguida su rostro cambió de expresión.

No daba la señal. No se oía ruido alguno. Era un teléfono desconectado por completo.

—¿Ocurre algo? —murmuró ella acostándose mientras él accionaba un par de veces la palanca inútilmente.

Barry estaba de espaldas y ello facilitó su mentira.

—No, nada —replicó marcando un número.

Fingió que alguien le contestaba desde el otro lado del hilo y dijo:

—Por favor, despiérteme a las seis y media, señorita. —

Seguidamente dio las señas de su teléfono y colgó.

—Anda. Ven a mi lado —susurró ella.

Barry, siempre para no alarmarla, sonrió como si nada estuviese ocurriendo, pero no complació a su esposa.

Poniéndose en pie, murmuró:

—Voy a por mis cigarrillos. Los olvidé en la mesa.

—Toma de los míos. Están en mi bolso.

—Sabes que no son mi marca preferida.

—Como quieras, pero no tardes.

—Mujer, sólo bajo y regreso enseguida.

Salió de la habitación y bajó rápidamente la escalera que conducía al vestíbulo.

Con sigilo para que ella no pudiera oírle abrió la puerta, guardó la llave en un bolsillo de la chaqueta del pijama y salió al exterior.

Al guardar la llave había sacado el revólver, que después de colgar el teléfono cogió disimuladamente de debajo de la almohada.

Avanzó en dirección a la parte posterior, deteniéndose en la pared por donde discurría el cable telefónico que empalmaba con el interior, dentro de una caja, donde estaban también los fusibles de la luz.

Abrió la caja, que no precisaba de llave, y comprobó que el empalme era correcto.

Recorrió con la mirada el cable, hasta que vio el lugar donde había sido practicado el corte.

Indudablemente el autor había utilizado unas tijeras.

«Tratan de incomunicarnos», pensó Barry.

Pero ¿quién?

Miró alrededor, deteniendo los ojos en el sector de los setos. Allí era perfectamente posible que una persona pudiera ocultarse.

Apretando con firmeza el revólver avanzó dando un rodeo.

Al llegar al borde de los primeros arbustos, se inclinó para recoger una pequeña piedra con la mano izquierda.

Luego, puesto en cuclillas, intentando taladrar la oscuridad en que quedaba sumido el sector, levantó la mano izquierda y arrojó la piedra.

Tras el sonido que hizo al cruzarse entre las ramas y caer al suelo, Barry esperó.

No ocurrió nada. Si había alguien escondido no se inmutó ni

reaccionó ante el ruido.

Procurando que sus pisadas no le delataran, Barry avanzó por entre los setos.

Contenía la respiración, manteniendo sus sentidos en completa tensión.

Le pareció oír un leve chasquido. Se agazapó.

Sus ojos, acostumbrados a la oscuridad, creyeron divisar un bulto, unos metros más allá.

Era necesario acercarse más, mucho más.

De pronto, el bulto empezó a moverse.

Barry corrió apartando las ramas.

La sombra escurridiza parecía esfumarse hacia el otro lado.

—¡Alto! —gritó Barry.

Sus pies tropezaron con algo metálico y perdió el equilibrio, facilitando la huida de la sombra.

Se incorporó para proseguir la persecución.

Entonces, al salir de los setos, pudo ver una silueta negra, imprecisa, que corría hacia los acantilados.

Barry echó a correr cuando la voz de Lorna, desde la puerta, exclamó:

—¡Barry! ¿Qué pasa?

El la miró unos instantes, pero siguió corriendo mientras decía:

—¡Cierra la puerta y no salgas!

—¡Oh, Barry! Había alguien...

Sí, había alguien, que descendía velozmente por el camino.

Antes de que Barry pudiera alcanzarle, quien quiera que fuese el que había estado merodeando, huía por mar con una embarcación.

Sin dudarle, Barry se dirigió a la caseta donde guardaba la lancha. Sacó el manajo de llaves y abrió la puerta.

Lorna, lejos de obedecerle, había bajado la pendiente y llegó en el instante en que su marido desataba la cuerda para que la lancha se deslizara por el varadero.

—¿Se ha escapado? —inquirió ella.

—Sí. Intentaré seguirle. Tú no te muevas.

—Quiero ir contigo.

—Por el amor de Dios, Lorna. Es peligroso.

—No quiero quedarme sola.

—Lorna...

Barry sabía cuán inútil era discutir con su esposa.

Añadió:

—Está bien, dejémoslo. De todos modos, nos ha tomado demasiada delantera.

La noche estaba demasiado oscura, y la lancha fugitiva se había perdido por completo entre los recodos de la costa.

* * *

Barry había regresado al sector de los setos y salió llevando consigo el objeto con el cual tropezara.

Era una lata bastante pesada. Abrió el tapón y comprobó lo que ya suponía.

—¡Gasolina!

—¡Barry! —exclamó ella—. Intentaban incendiar la casa. Debe tratarse de un pirómano.

—Tal vez... Creo que algo leí en los periódicos, antes de la boda.

—Hay que llamar a la policía, para que cerquen todas las radas cercanas. ¿Has podido verle?

—No... Era como una sombra, vestía pantalón y jersey negros. Creo que era un tipo bastante delgado. No sé..., había algo extraño... Algo que se me ha pasado. —¡Llama, Barry!

—Es imposible, querida. Han cortado el cordón exterior del teléfono.

—¡No!

—No quise alarmarte.

—Barry. Hay una cabina telefónica en la carretera. Poco antes de llegar al sendero de nuestra casa.

—Está bien, pero tú vuélvete a la casa y cierra con llave.

* * *

Barry comunicó con la policía desde la cabina y fue informado de la existencia del incendiario.

Inmediatamente la policía se puso en acción, pero la persona que buscaban estaba ya lejos, de su alcance, porque en aquellos momentos desembarcaba en una rada y corría hacia un automóvil

que ya tenía preparado.

Instantes más tarde se cruzaba con un par de coches patrulla.

Una hora después, aquella misma persona sostenía una conversación con un individuo llamado Floyd Carter.

—¿Listo? —preguntó el hombre, de pie en la salita de un modesto apartamento.

—Lo siento. No he podido —replicó el recién llegado.

—¡Maldita sea!

—Lo he intentado, pero...

—Tienes escrúpulos de conciencia, ¿verdad?

—No es eso... Barry ha salido de la casa. Descubrió que había cortado el teléfono.

—¿Y antes? Esta tarde...

—Llamé a la puerta.

—¡Idiota! ¿Por qué llamaste? Bastaba con que rociaras de gasolina la casa. Si hubiesen tenido tiempo de huir, no tenías más que disparar. Lo has estropeado todo.

—Creí que no estaban, Floyd. Llamé para asegurarme.

—Hay un teléfono cerca de la casa. Pudiste comprobarlo llamando.

—Ya lo hice y no contestaron.

—Bien, pero cuando comprobaste que sí estaban, ¿por qué no actuaste?

El otro no contestó.

—La verdad —siguió Floyd— es que no te atreviste... No debí confiar en ti. Ahora Nick se pondrá furioso...

—No creo que ocurra nada, Floyd.

—¡Ellos han elegido el mismo hotel!

—Esto no es problema. Podéis retrasar unos días la reunión.

—No, no es posible. Desde hace tres días los otros dos están en camino.

—Puedes escribirles, y luego avisamos a Nick.

—Sí. Es la única solución, pero a Nick no va a gustarle —remachó Floyd Carter.

Sólo cuatro personas sabían que Floyd fue uno de los cuatro atracadores de la fábrica conservera Lockar, dieciocho meses antes.

CAPÍTULO V

El *jet* de la Panamerican partió del aeropuerto de San Francisco a las doce horas y dos minutos.

Era el día 28 de abril de 1969.

Entre los pasajeros figuraba una pareja feliz: Barry y Lorna.

En tierra, Ida y Thomas agitaban todavía los brazos en señal de despedida.

—No comprendo por qué nosotros no hacemos lo mismo —murmuraba el pintor.

Ida sonrió.

—Sí, Tom. Algún día, pero ya sabes cómo pienso. Me gusta ser independiente.

—Tengo alguna posición, Ida. No carecerás de nada.

—No quiero vivir de tu dinero, Tom... Quiero hacer algo por mí misma. Tener mis propios ingresos.

—¡Oh! Si pudiera hacerte cambiar esa forma tuya de pensar. A veces no te comprendo, Ida.

De repente, el rostro de la muchacha cambió.

—¡Tom! —exclamó, como si implorara su protección.

—¿Qué te ocurre?

—¡Es horrible! Tú no me conoces. No sabes quién soy realmente.

—¿Qué tonterías son ésas! Llevamos casi dos años viéndonos...

No acabo de comprenderte, pero...

—No es que me comprendas o no. Es que «no sabes» nada de mí. Nada, ¿comprendes?

—No te entiendo.

—Apártate de mí, Tom. Por favor, apártate.

—Si tienes algún problema, confía en mí. Anda, vamos a un lugar tranquilo y charlaremos —sonrió para darle ánimos— Seguro

que no es tan grave.

—Si supieras de qué se trata...

—¡Vamos, Ida! No será tan importante.

—Lo es... Y por eso necesito que te apartes de mí.

—No. No lo haré, sabiendo que estás en apuros. Tienes que explicarme primero el motivo de tus temores.

—Es demasiado horrible...

Andaban por entre la muchedumbre camino de la salida. El la asió con fuerza por el brazo.

—Tranquilízate. Estás asustada. Y quiero saber por qué.

Ella guardó silencio, hasta que subieron al coche.

—Tom —dijo entonces lentamente—. Temo por la vida de Barry y de Lorna.

—¿Qué?

—Sí —musitó ella—. Tal vez es necesario que lo sepas. Tengo que decírtelo. No podría vivir con esa angustia dentro de mí. Es demasiado... ¡Es demasiado! Y prorrumpió en un sollozo.

—Habla, Ida. Desahógate. Eso que acabas de decir es muy grave.

—Tom... No sé qué será de mí, porque soy... soy una asesina.

El rostro del pintor se contrajo en una mueca de estupor. Ella comenzó a hablar...

* * *

A bordo del *jet*, Floyd Carter ocupaba un asiento más atrás que Barry y su mujer, al otro lado del pasillo.

Leía un periódico, pero no cesaba de observar a la pareja.

La felicidad del matrimonio estaba ligeramente enturbiada por los sucesos de la noche anterior, vivos aún en la memoria de ambos, aunque Barry intentaba por todos los medios que Lorna no pensara en ello.

—Barry. ¿Por qué crees que el pirómano había elegido precisamente nuestra casa?

—No pienses más en ello. Es un maníaco. Nuestra casa es bastante solitaria y pensó que no nos daríamos cuenta. La policía terminará por cogerle.

—Pero anda suelto todavía.

—Bueno, esto ya no debe preocuparnos. Estamos en nuestra luna

de miel, ¿recuerdas?

—Sí, cariño, pero... Es algo superior a mí... Pienso que desde el atardecer estuvo rondando nuestra casa, y no puedo evitar un escalofrío. Y tú sabes que no tengo miedo.

—Mira, Lorna..., mucho antes de que regresemos puedes estar segura de que el incendiario habrá sido descubierto. Así que deja ya de atormentarte.

Se hizo un breve silencio, que cortó Lorna para expresar su deseo de ir al lavabo.

—Haré que nos sirvan dos «martini», entretanto —le dijo Barry.

Cuando ella se dirigió hacia la parte trasera del aparato, ninguno de los dos advirtió que Floyd se levantaba un instante después para seguir la misma dirección.

Barry llamó a la azafata para pedir los «martini».

Floyd se quedó en el compartimento-bar y esperó a que el barman preparase las consumiciones pedidas por Barry.

Lorna regresó poco después, cuando ya el barman tenía listas las dos copas.

La azafata había vuelto al compartimento de pasajeros para atender a una llamada.

—Sírrame un *whisky* —pidió Floyd al *barman*.

Esperó a que se volviera y entonces, con extraordinaria rapidez, echó un polvillo blanco a cada una de las dos copas preparadas para el matrimonio.

Lo sacó de un tubito que guardaba en la mano, ya destapado. Su gesto fue tan fugaz, que cuando el barman se volvió, el polvillo se estaba diluyendo con el contenido de ambas bebidas.

El del mostrador le sirvió el *whisky*.

—Póngale hielo —pidió Floyd, mientras se levantaba del taburete para ir al cuarto de servicios para hombres.

La azafata colocó los dos «martini» en una bandeja, dispuesta a servirlos a la pareja de recién casados.

Cuando tomaran aquellas copas, pasarían sólo unos instantes y enseguida el polvillo haría su efecto...

Un efecto fulminante, fatal.

Ida había comenzado a hablar.

Lo necesitaba.

Algo le estaba oprimiendo en su corazón. Precisaba aquella confesión. Necesitaba sentirse liberada.

Tom, el pintor, la escuchaba absorto.

Estaban los dos dentro del coche, detenido todavía en el aparcamiento del aeropuerto.

Era un sitio íntimo, idóneo para aquella terrible confidencia que Ida le estaba haciendo.

—Hace años conocí a un hombre. Yo era muy joven y no tenía a nadie. Creí en ese hombre. Pensé que podría sacarme de la miseria en que siempre había vivido. Yo soñaba con una vida diferente... Me gustaba tener vestidos, joyas... Creó que todas las mujeres pensamos lo mismo...

—¿Quién era ese hombre? —inquirió Tom.

—Se llama Nick Hopkins.

—¿Hopkins? Me suena de algo.

—Sí... Es el hombre que nos robó los bolsos a Lorna y a mí en el Seven's Club.

—¡Oh, sí!

Y enseguida añadió:

—¿Tú conocías a aquel sujeto?

—Sí, Tom. Le conocía...

—Entonces, ¿por qué...?

Ella le atajó:

—Todo aquello fue una comedia, Tom. Algo perfectamente meditado. Cuando empezó todo yo no supuse que las cosas podrían llegar hasta donde han llegado.

—Sigue, Ida —pidió él.

—Cuando comprendí que Nick no era todo lo bueno que yo pensaba, ya era demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde?

—Sí... Nick se valió de mi inocencia para hacerme servir de... — vaciló un instante antes de pronunciar una palabra que indudablemente le repugnaba.

Al fin concluyó:

—Me hacía servir de «gancho».

—¿Cómo?

—Procuraba que yo trabara conocimiento con algunos hombres. Siempre gente importante. Frecuentaban los clubs nocturnos y los restaurantes lujosos. A mí me han gustado siempre estos ambientes...

Hizo una pausa, para proseguir avergonzada:

—Yo..., yo tenía que procurar que aquellos hombres me invitaran a su apartamento, y entonces..., entonces surgía él y les exigía dinero para no dar un escándalo. Cuando me enteré quise huir de su lado, escapar a su influencia... Pero me obligó a ir con él una última vez a cierto *cabaret*. Yo..., yo tuve miedo de negarme. Me golpeó con brutalidad...

Tom apretó los puños mientras ella hacía una pausa rememorativa.

—Aquella noche —prosiguió ella, reviviendo los hechos acaecidos años antes— robó en el despacho del dueño del *cabaret* y le cogieron. Yo pude librarme. Nick jamás me delató. Estuvo en la cárcel cinco años y yo pensé que me había librado por completo de su influencia, de su dominio.

Otra pausa, para continuar seguidamente:

—En este tiempo conocí a Lorna, a Barry, a ti... Y cuando más feliz me sentía, cuando creí que mi pasado había quedado enterrado, una tarde al volver a mi apartamento, le encontré. Conocía paso a paso mi nueva vida y entonces fue cuando me exigió...

Calló unos instantes.

Iba a entrar de lleno en el *quid* de la cuestión y la costaba un gran esfuerzo continuar.

—Vamos, Ida, sigue. Por terrible que sea, habrá una solución —la animó Tom.

—Él sabía que yo era amiga de Lorna Garry, y sabía también que Lorna era sobrina de Gene Lockar.

Tom frunció el entrecejo.

Empezaba a vislumbrar algo...

Ella continuó:

—Había averiguado cómo y cuándo se preparaba el semanal de la fábrica de conservas del tío de Lorna, y había planeado concienzudamente el atraco.

—Entonces...

Ida asintió, atajando al pintor.

—Sí, Tom. Me exigió que yo consiguiera un molde de la llave de la puerta trasera del edificio de la fábrica. No había de resultar difícil para mí, porque iba con frecuencia a casa de Lorna. Su tío, Gene Lockar, solía tener casi siempre las llaves sobre la mesa de su despacho... Nick me dio una pastilla de plástico parecido a la cera... ¡Oh, Tom! Fue horroroso... Tuve que ingeniármelas para que Lorna me dijera qué puerta abría cada una de aquellas llaves, y cuando lo supe, saqué el molde.

Hizo otra pausa.

Tom respetó su silencio dejando que por sí misma Ida continuara el relato.

—Nick me dijo que únicamente le interesaba el dinero. Que no habría ninguna víctima y que el dinero no lo perdería el señor Lockar, puesto que tenía un seguro.

—¿Por qué no te negaste?

—Tom... Yo tenía miedo. El me amenazó con delatar mi vida pasada. Me hubiesen detenido, y habría tenido que pasar por la vergüenza de un juicio... Me hubieran encarcelado, pero además... le temía. ¿Comprendes? Es agresivo... Lo siento, Tom. Yo..., yo no soy tan decidida como Lorna. A mí me faltó valor y lo hice. Hice todo cuanto me pidió.

—Entonces ese Nick...

—Sí. Él y otros tres asaltaron la fábrica y mataron a los dos guardas. Es como si los hubiese asesinado yo. Por eso te digo que soy una asesina...

Ahogó un sollozo, y continuó, con palabras entrecortadas:

—El plan de Nick, según él, era perfecto. Después del atraco, todos se dispersaron y él (esto lo he sabido después) se dirigiría rápidamente a otro lugar para cometer un delito de poca monta. Yo ignoraba que eligiese justamente el lugar donde nos encontrábamos, el

Seven's

Club... Tampoco sabía el día escogido para el atraco.

Se hizo otro silencio.

—¿Y ahora...? —interrumpió Tom.

—Ya sabes... Todo aquello del robo de los bolsos fue una

comedia. Eligió la mesa de Lorna porque sabe lo impulsiva que es. Sabía que se armaría un alboroto y que sería detenido. Es lo que él quería. Si le acusaban de intento de robo minutos después de haberse cometido un atraco, nunca le relacionarían con el hecho... Como está fichado, sabía que la condena oscilaría entre uno y tres años, y ése era el plan. Permanecer en la cárcel, a cubierto de toda sospecha, y al salir recuperar el dinero del atraco y repartirlo con los otros tres.

Tom asintió, comprendiendo.

—Ya. ¿Y cuándo va a salir?

—No lo sé exactamente, pero uno de estos días le pondrán en libertad.

Tom lanzó un suspiro y enseguida quiso saber:

—¿Por qué dices que Barry y Lorna pueden estar en peligro?

—Ahora viene lo más grave, Tom... —murmuró ella.

CAPÍTULO VI

Barry y Lorna tenían los dos «martini» servidos en la mesita supletoria de sus respectivos asientos.

Floyd Carter tomó su *whisky* y pagó su importe para regresar enseguida a su asiento, deseoso tal vez de presenciar por sí mismo los resultados del veneno disuelto ya en ambas copas.

Se acomodó en su butaca y vio cómo el líquido de las copas se agitaba con la apenas perceptible vibración del *jet*.

Una azafata repartía las cartas con la minuta.

Barry tenía ya la copa en la mano cuando la muchacha le entregó la carta para que eligiera.

Soltó la copa y ojeó los platos anotados en la lista.

—Elige tú —murmuró.

—¡Oh! No importa, Barry. Lo que tú digas está bien para mí.

El se encogió de hombros, mientras la joven sacaba su cajetilla de tabaco del bolso y se colocaba un cigarrillo con filtro en la comisura de los labios.

Barry se lo encendió solícito con el mechero.

—Brindemos —dijo ella, después de echar una bocanada de humo azulado.

Floyd dominaba su impaciencia.

Sin duda estaba deseando que ambos tomaran sus respectivos «martinis».

—Brindemos —sonrió él, levantando su copa.

—Chin-chin —murmuró ella, acercándose la copa a los labios, después de dejar el cigarrillo en el cenicero.

—Humm —murmuró antes de beber—. Huele terriblemente a ginebra. Temo que está muy cargado.

—Como yo los prefiero —replicó él, llevándose a su vez la copa

a la boca. Iban a beber.

Iban a morir.

El *jet* seguía cruzando el cielo de los Estados Unidos. Dentro, el ruido de los reactores quedaba ostensiblemente amortiguado.

París, fin de su primera etapa, quedaba lejos todavía.

Ellos. —Barry y Lorna— tal vez no llegarían nunca.

Sí. Iban a beber.

Y después...

Floyd Carter rió para sus adentros...

* * *

Ida continuó con la parte actual de su relato.

Tom escuchaba con el ceño fruncido, pero sin pestañear. Atento a la desconcertante confesión de Ida.

—Sólo conozco a uno de los que tomaron parte en el asalto, aparte de Nick. Se llama Floyd Carter, y viaja en el mismo avión que Barry y Lorna.

—¿Por qué? ¿Qué tienen contra ellos?

—Ha sido una casualidad, pero yo tengo parte de culpa.

—Explícate.

—Nick decidió abandonar el país tan pronto como le pusieran en libertad, y escogió la Costa Azul para repartir el producto del botín con los demás.

—¿La Costa Azul?

—Sí, Tom, ¡y el mismo hotel donde tienen plaza reservada Barry y Lorna! Es posible que coincidan todos allí el mismo día.

Tras humedecerse los labios, añadió:

—Lorna es persona importante en la sociedad y Barry también. La noticia de su boda y de los lugares donde pensaban pasar la luna de miel salió en los periódicos... Nick se enteró y llamó a Floyd Carter y éste vino a verme para preguntarme lo que supiera respecto a la fecha y al alojamiento que habían elegido los Chandler. Y yo..., yo le dije lo que sabía, lo que Lorna me había comunicado.

—Y ahora...

—Nick teme que si Lorna le descubre, pueda tener complicaciones. Sé que mientras ha estado en la cárcel ha

conseguido que le hicieran un pasaporte falso. Viajará a París con otro nombre y con su parte del dinero robado disfrutará de la vida... ¿Comprendes? Lorna puede verle y, siendo como es, al enterarse de que tiene un nombre falso, descubrirlo todo. Nick se vería en un apuro por uso de nombre falso. Tendría que explicar muchas cosas y todo su plan se tambalearía.

—¿Y por eso quiere matar a Barry y a Lorna?

Ida asintió.

—¿Y ese Floyd se encargará de ello?

—Debía hacerlo yo...

—¡Ida!

—Sí, Tom.

—Ida, pero... ¿Cómo?

—Anoche.

—¡Oh! Lo del pirómano...

—Sí. Aprovechando la existencia de ese incendiario, el plan de Nick era que alguien prendiera fuego a la casa y Floyd dijo que tenía que hacerlo yo.

—¿Cómo pudiste prestarte?

—No lo hice, Tom. Dije que sí por miedo, pero no lo hice.

Y pasó a relatar los hechos de la tarde y noche anterior.

Primero había llamado a la puerta.

Sí. Había sido ella.

Ella —Ida—, la que la noche anterior estuvo merodeando la casa de los Chandler.

La misma que más tarde se entrevistó con Floyd.

A Floyd le había mentado. Le había dicho que llamó antes por teléfono a la casa para cerciorarse si estaban, pero era falso.

Sin embargo, no lo era que llamase a la puerta.

Dudaba, rió sabía qué hacer.

Y seguía su relato...

—Por un lado temía la reacción de Nick; por otro, me costaba hacer «aquello» con Lorna y Barry, que siempre me demostraron su amistad.

Tom esperó a que ella continuara, tras una breve pausa.

Nuevamente la joven pareció costarle trabajo proseguir con la rememoración de aquellas horas.

—Me escondí en los setos... Luego fui a telefonar a la cabina de

la carretera. No sé... Pero temí que me descubrieran. Cada paso que daba me hacía sentir culpable, y volví a la casa...

Explicó que llevaba la lata de gasolina para rociar las paredes. Tenía también un arma para disparar contra los Chandler si conseguían huir, una vez la casa ardiera.

—Pude hacerlo... Estoy segura de que podía, pero me faltó el valor, aunque tampoco sabía cómo regresar.

Siguió diciendo que Barry le había facilitado las cosas saliendo de la casa.

—Fue un milagro que no me descubriera... Todo lo tenía a punto: una lancha, un automóvil en la rada inmediata... Todo... Me alegro de no haberlo hecho, aunque temo que esto no pueda evitar el peligro que se cierne sobre Lorna y Barry.

—¡Oh, Ida! Debiste decirlo antes. Acudir a la policía... Afrontar los hechos y contármelo a mí. Yo te quiero, Ida. Pese a todo, te quiero. Tu pasado, todo lo ocurrido, no ha cambiado en nada mis sentimientos hacia ti... Debiste haber confiado.

—Tengo miedo, Tom. No quería mezclarte en ello. Si Nick supiera que te lo he contado... ¡Oh, temo haberte puesto en un compromiso!

—No hay compromiso. De momento iremos a la policía. Yo tengo buenos amigos. Tu confesión supondrá una buena ayuda para cazar a esos criminales. Haré lo que pueda para que salgas lo mejor librada. Contrataré a un buen abogado. No temas, Ida... Ahora lo importante es hacer la declaración y luego avisar a los Chandler, antes de que mueran asesinados.

Y sin pensarlo, Tom puso en marcha el coche y pisó a fondo para regresar a la ciudad. Pero...

CAPÍTULO VII

—Chin-chin —había brindado Lorna.

Floyd parecía absorto en la lectura del periódico, pero con el rabillo del ojo no cesaba de mirar a la pareja.

Les veía con las copas en los labios, a punto de beber.

Calculó el tiempo.

Pocos minutos. Muy pocos vivirían una vez ingerida la mezcla puesta en las copas.

Y el veneno era algo imposible de descubrir. Carecía de olor, no tenía sabor y se había disuelto con suma facilidad.

No, ni un experto hubiera podido descubrirlo.

Sin embargo...

Por esas causas frecuentes en los vuelos, el *jet* descendió bruscamente a consecuencia de un bache en el aire.

La estabilidad de un avión depende de la presión atmosférica, de varios fenómenos meteorológicos, aparte del propio aparato.

La pérdida de altura ocasionó un fuerte vaivén, suficiente para que la copa de Lorna se desparramara. Barry, al querer evitarlo, volcó la suya.

Ambos, después de una mirada mutua, rieron a más y mejor.

—¡Oh, mi vestido! —se lamentó ella, sin dejar de reír.

—Dicen que trae suerte —replicó él.

Y no sabía hasta qué punto les había ayudado la buena suerte.

La azafata, solícita, vino con un trapo y un quitamanchas.

—Lo siento —murmuró.

—Traiga otros dos «martini» —pidió Barry.

Aquella vez, sin embargo, Floyd Carter ya no pudo repetir la operación.

No obstante, aun habiendo salvado la vida por una circunstancia

casual, su sentencia de muerte seguía latente.

* * *

Tom seguía acelerando por la autopista en dirección a la ciudad. A través de la Bayshore Freeway se dirigía al Downtown, para llegar cuanto antes al Departamento de Homicidios.

Su potente «Lincoln» alcanzaba las ciento diez millas y Tom seguía pisando.

Sabía que la vida de dos personas podía depender de la rapidez con que pudiera informar de cuanto Ida le había dicho.

Ella estaba resuelta. No ocultaba, sin embargo, su miedo, pero resuelta al fin a librarse de aquel peso que tenía en la conciencia.

El «Lincoln» seguía su marcha irresistible, pasando a cuantos vehículos llevaban la misma trayectoria.

Pasaron como una exhalación el núcleo de Brisbane, que quedaba a su izquierda en la marcha ascendente hacia el norte.

Tom iba atento al volante. Era un excelente conductor.

Al fin llegaron a Central Skyway para entrar por Misión Street.

Fue allí, ya en el centro, cuando el camión que surgió de una calle lateral se les vino encima.

Tom quiso esquivar yéndose hacia la derecha, pero las ruedas del «Lincoln» patinaron debido a la velocidad.

Con manos hábiles quiso dominar el coche, pero no pudo impedir el choque de lado.

El camión les embistió de lleno.

El «Lincoln» dio una voltereta, quedando en posición invertida.

El motor demasiado caliente hizo estallar el depósito de gasolina.

La explosión fulminante convirtió el automóvil en una pira.

Dentro, dos cuerpos humanos quedaron carbonizados.

Dos seres que se llevarían su secreto a la tumba.

Las vidas de Barry y de Lorna seguían pendientes de un hilo.

* * *

Si la distancia oficial entre San Francisco y París es más o menos

de diez horas, con la diferencia horaria se incrementa la ida en otras seis; por tanto, el *jet* tomó tierra en Orly a las cuatro de la madrugada.

Tras los rutinarios trámites aduaneros, Barry pidió un taxi para que les condujera al hotel.

—¿Te apetece ir a alguna cava? Todavía encontraremos algún lugar para divertirnos hasta que amanezca.

—¡Oh, estoy muy cansada!

—Entonces iremos directamente al hotel —replicó él.

Otros pasajeros tomaron también taxis y por ello no advirtieron que uno de aquellos vehículos les estaba siguiendo precisamente a ellos.

Era el automóvil que conducía a Floyd Charter.

Media hora más tarde, llegaban frente al hotel.

Floyd pasó por delante de ellos en el taxi e hizo que éste se detuviese en la manzana siguiente.

Pagó la carrera, comprobando que los Chandler entraban en el hotel.

Esperó unos instantes y detuvo otro taxi.

Dio las señas de una pensión, chapurreando el francés, y se acomodó.

Por aquella noche —madrugada ya—, los Chandler podían sentirse tranquilos. Aunque su sentencia no había sido conmutada. Solamente aplazada.

* * *

Dos días más tarde, Nick Hopkins salió de la cárcel.

Sus primeros pasos estuvieron encaminados a una agencia aparentemente legal.

Nick se limitó a decir al encargado:

—Hace algún tiempo les remití quinientos dólares. Mi nombre es Hopkins.

El encargado murmuró.

—Todo está a punto, señor Hopkins. Aguarde un momento.

Se levantó para dirigirse a una pequeña caja fuerte empotrada en la pared, de la que extrajo un sobre.

—Aquí tiene.

Hopkins examinó su nuevo pasaporte, carnet de conducir y tarjeta de seguro.

Todo a nombre de Marcel Durand, ciudadano francés, y con su propia fotografía.

Aqué! iba a ser su nuevo nombre en adelante.

Salió de la agencia. Tomó un taxi y se hizo conducir a las oficinas de la TWA.

—Hay una reserva a mi nombre, Marcel Durand —le dijo a la empleada.

—En efecto, señor —replicó la joven, después de consultar unas listas.

Le entregó el pasaje.

—Vuelo 315 destino París. Su avión sale a las tres de la tarde.

Nick pagó el pasaje y salió a la calle, comprando un periódico al primer vendedor que encontró.

Ojeó ligeramente las páginas y, ya en otro taxi, dio las señas de un edificio de apartamentos de la Santiago Street, cercana a la Ocean Beach.

Cuando estuvo frente al número 2046, pagó la carrera y se adentró en el edificio.

Subió con el ascensor directamente al quinto piso, llamando a la puerta 54, donde nadie contestó.

Una vecina, la del 51, salió en aquellos instantes y se quedó mirando a Nick. Él se volvió ligeramente para que no pudiera verle el rostro.

Esperó.

La vecina se acercó al hombre.

—Perdone, señor. ¿Va a casa de la señorita Ida?

—Sí —replicó secamente Nick, volviéndose ligeramente.

—¡Oh! ¿No sabe usted la desgracia?

Y aquella mujer, con la mejor voluntad del mundo, le explicó lo del accidente.

—Ocurrió ayer, en Misión Street. ¿No lo ha leído en los periódicos? Fue una cosa terrible. Los dos murieron carbonizados. Fue muy difícil identificarlos. ¡Pobre Ida! Yo la apreciaba mucho. ¿Era usted amigo suyo, señor?

La mujer resultaba en extremo parlanchina y a Nick le fastidiaba bastante.

—¿Quiere decir que ha muerto? —preguntó con la misma sequedad de antes.

—Es lo que intento decirle, señor...

—Bien, gracias.

—Si puedo servirle en algo... Mi nombre es Hooper, Adriane Hooper.

Pero Nick no la escuchaba. Había ido directamente al ascensor, que seguía en el piso, y sin esperar a la solícita y charlatana vecina, bajó de nuevo a la planta baja.

Otro taxi le condujo hasta un bar del Downtown.

Allí, en una mesa, y mientras el camarero le servía un *whisky*, pidió:

—Espero una conferencia de París. Mi nombre es Marcel Durand. No se le olvide. Pagó doble el importe de su consumición, lo que el camarero agradeció con una sonrisa asegurando:

—Le llamaré en cuanto le den la conferencia, señor.

Nick consultó el reloj.

Era aproximadamente la hora que indudablemente tenía concertada con el hombre que debía llamarle.

El hombre era Floyd Carter y no se hizo esperar.

—Su conferencia, señor —advirtió el camarero—. Puede ir usted a la cabina que está al fondo. La número uno.

Nick se encaminó hacia el lugar indicado para establecer contacto con su cómplice.

—¿Todo bien, Nick? —inquirió la lejana voz de Floyd, desde un teléfono público cercano al hotel donde se hospedaba el matrimonio Chandler.

—Aquí sí. ¿Qué hay de nuestros amigos?

—Siguen gozando de buena salud.

—¿Qué ha pasado?

—Es largo de contar. Ahora estoy cerca de su hotel.

—Arréglatelas como puedas, pero los planes no han variado.

—Escucha, Nick... Podríamos aplazar por unos días...

—No hay aplazamiento posible. No puede ser. Ya te explicaré. Dentro de tres días nos reuniremos en el hotel convenido.

—De acuerdo —replicó Floyd desde París.

—No quiero «extraños» —recalcó Nick.

Y lo de «extraños». —Floyd lo comprendió perfectamente— iba

para los Chandler.

Tenían que morir antes de llegar a la Costa Azul.

Y Floyd debía ser el encargado de su ejecución.

CAPÍTULO VIII

Peter Alvarado, de nacionalidad norteamericana y de profesión comerciante, se alojó en el hotel Cote D'Argent, en las afueras de Niza.

Peter, por su estatura y complexión física, se parecía bastante a Nick y a Floyd, aunque era más joven que éstos.

Peter era uno de los cuatro que habían de sostener la reunión en el hotel, cuya principal misión era el reparto del dinero del atraco cometido dieciocho meses antes y que seguía impune.

El botones le acompañó a la habitación 725, sita en el séptimo piso.

El hotel era de nueva construcción y todo resumaba un modernismo exótico, muy bien ambientado y con las terrazas dando frente al mar, tal como exigen siempre los turistas.

Peter no era un turista corriente. Estaba allí para esperar. Para esperar su parte.

Faltaban todavía tres días.

Y Peter no era de los que les gusta perder el tiempo.

Desde la terraza podía ver la piscina del hotel.

A pesar de lo temprano de la temporada, había algunos clientes que aprovechaban el sol primaveral para tostar la epidermis o bañarse en la templada agua de la piscina.

Concretamente se fijó en una rubia.

Más tarde, con una propina y un guiño, consiguió saber su nombre por mediación del *barman*.

—Se llama Helga. Es sueca, pero me atrevería a decirle que... En fin, no es una muchacha muy asequible.

—Eso lo averiguaré por mí mismo —sonrió Peter.

En París, a la misma hora, Floyd, con un coche alquilado esperaba cerca de la puerta del hotel donde se hospedaban los Chandler.

No tardaron en salir.

Sin advertir que sus pasos eran seguidos por el coche de Floyd, la pareja iba haciendo sus proyectos.

—Podemos irnos esta noche en el expreso París-Niza. Llegaríamos al amanecer.

—Me parece muy bien, pero antes tengo que ir de compras. No te importa, ¿verdad?

—París es tuyo, querida. Puedes hacer lo que quieras.

Sí. Incluso cruzar la calle demasiado distraídamente, sin advertir que un automóvil se les venía encima.

Fue Barry, cuando el morro del auto de Floyd estaba prácticamente sobre los dos, quien se dio cuenta.

Tiró violentamente de Lorna y ambos rodaron por el suelo.

Una mujer lanzó un chillido.

Alguien gritó:

—¡Cuidado!

El coche pasó a gran velocidad, rozando prácticamente los cuerpos de la joven pareja.

Barry lanzó un suspiro.

—¡Asesinos! —gritó una mujer—. No hay derecho a que la gente conduzca de esta manera.

Barry ayudó a Lorna a levantarse.

«Asesinos», pensó.

Ella le miró tragando saliva. No se había dado cuenta exacta de lo sucedido, pero ahora sí se sentía asustada.

—No lo he visto, Barry. No he visto nada.

—Ha faltado poco para que nos atropellara.

Algunas personas se acercaron a la pareja.

—No ha pasado nada. Nos encontramos perfectamente —dijo Barry, abriéndose paso.

Poco después se sentaban en un bar. Ambos necesitaban algo de beber.

—Barry... —murmuró ella, tras un corto silencio—. Creerás que

vuelvo a mis manías de siempre, pero... tengo la sensación de que lo que acaba de ocurrir no ha sido casual.

El la miró con el ceño fruncido, sin pronunciarse.

Lorna insistió:

—Parece como si intentaran atropellarnos premeditadamente.

—No creo que nadie pueda tener ningún interés... —murmuró él, aunque no puso demasiado calor en su propia aseveración.

Luego, los dos quedaron nuevamente pensativos, hasta que Barry, una vez más, quiso alejar toda preocupación de la cabeza de su mujer.

* * *

El expreso partió puntualmente.

El pitido puso la locomotora en marcha, que se alejó lentamente de la estación para ir incrementando la velocidad.

Ellos —Barry y Lorna— ocupaban el cuarto compartimiento de la parte posterior de un vagón-cama.

En otro vagón, en un compartimiento *single*, viajaba Floyd Carter.

Los Chandler tuvieron que cruzar por delante de su puerta para dirigirse al coche restaurante.

Si hasta entonces la suerte les había favorecido, por una vez Floyd iba a poder jugar con ventaja, porque...

Apenas habían llegado al coche-restaurante, Lorna murmuró:

—Oh. Creo que es mejor que vaya a por mí chal.

Lucía un vestido descotado y carente de mangas, y aunque la temperatura del tren no era fría ni mucho menos, ella creyó sentirse mejor con la prenda que se decidía ir a buscar.

—No te molestes. Yo iré —replicó Barry.

—No, cielo. Encarga la cena entretanto. Espere no perderme.

—Mientras no pases del último vagón... —bromeó él.

Lorna pasó de nuevo al coche siguiente y a mitad del pasillo se dio casi de bruces con Floyd.

—Disculpe —murmuró el hombre.

Fue solo una visión fugaz la que tuvo la mujer.

Una visión unida a un recuerdo. La sensación de haber visto a alguien que no era la primera vez que veía.

«¿De dónde conozco esa persona?», es la pregunta que en tales casos solemos hacernos.

La rapidez de reflejos de Lorna, su pensamiento ágil, le dieron la solución:

¡El avión!

¿Qué hacía aquel hombre en el tren?

Luego, una serie de imágenes guiadas por aquel sentido innato de desconfianza, o acaso su intuitiva forma de pensar, la llevaron en una escasa fracción de segundo a considerar la presencia de Floyd en el tren. ¡En el mismo tren!

Primero el avión y ahora el tren... Pensó en el atropello frustrado, pensó también en el presunto incendiario de su villa en la costa de San Francisco.

Ella nunca sabría que la sombra que su marido persiguió era la de Ida. Ignoraba también su muerte accidentada en la Misión Street de la ciudad de la Golden Gate.

Sin embargo, los hechos que recordaba los asociaba intuitivamente unos con otros.

Y en aquel átomo de tiempo se revolvió mirando al hombre, que también tenía sus ojos fijos en ella.

No medió palabra alguna entre los dos, pero ella presintió algo.

Se volvió para continuar su camino.

Habría vuelto al vagón-restaurante, pero Floyd le impedía materialmente el paso.

Resolvió ir a su departamento y enseguida comprobó que Floyd la seguía.

Lo hizo primero lentamente, como si casualmente los dos siguieran el mismo camino, pero a medida que ella aceleraba el paso, Floyd hacía lo propio. Lorna tragó saliva.

Ya no dudó un solo instante. Aquel hombre la seguía.

Del paso rápido pasó a correr. Sí, corría sin disimulo de ninguna clase.

Quería alcanzar el siguiente vagón —el suyo— y encerrarse en su departamento... o acaso encontrar a alguien por el camino.

Cruzó el vagón después de abrir la puerta de la plataforma y se encontró con que la del otro coche estaba atascada.

Forcejeó mientras un sudor frío la invadía.

Floyd estaba todavía al otro lado, pero no tardaría en alcanzarla.

Desesperadamente, Lorna forcejeó para intentar abrir aquella cerradura encasquillada.

Floyd seguía adelantando.

Estaba ya en la puerta anterior. Sólo tenía que abrirla, cruzar la plataforma y alcanzarla. Lorna continuaba vanamente en sus intentos de franquearse la entrada.

Miraba atrás aterrada... Sí, sentía miedo. Lo sentía como raras veces lo había experimentado, porque se sabía ante un peligro extraño, imposible de definir, porque ignoraba la trama que se escondía tras aquella persecución.

El hombre estaba ya en la plataforma.

Dos pasos más y la alcanzaría.

Ella cedió en su empeño de abrir.

De pronto...

El hombre casi la había alcanzado, cuando la puerta que tanto le había costado abrir cedió bruscamente.

Al chocar con ella, Lorna ahogó una exclamación.

—¿Le ocurre algo, señora? —preguntó solícito el empleado, que era quien había acompañado a la pareja a su compartimento cuando tomaron el tren en París.

—Bu..., busco el vagón-restaurante. Estoy desorientada —mintió ella.

—¡Oh, es por el otro lado! —sonrió el empleado.

Ella se olvidó de su chal y siguió al ferroviario, en tanto Floyd se quedaba en la plataforma sin cambiar para nada de expresión.

Lorna se sintió momentáneamente a salvo y estaba ansiosa de hablar con su marido, de explicarle la presencia de aquel hombre en el tren.

El interventor se excusó:

—Perdón, señora. Siga adelante. El próximo coche es el restaurante —e hizo intención de entrar en uno de los compartimentos.

—Gracias —murmuró Lorna.

Y apenas el interventor había desaparecido, aceleró el paso ante el temor de que Floyd reapareciera.

Momentos después, estaba sentada ante su marido.

—¿Qué ha pasado? ¿Has visto algún fantasma? —Se guaseó Barry.

Lorna, un tanto atropelladamente, le contó lo sucedido.

—¿Estás segura de que ese hombre te seguía?

—Sí, Barry. Es el mismo del avión.

—¿Del avión?

—Estoy segura de haberle visto antes... Incluso en París.

—Quizá se trate de una coincidencia... o acaso...

Ella le atajó:

—No, Barry. No es imaginación mía. Piensa en lo del frustrado incendio, en el atropello que estuvimos a punto de ser víctimas... No sé, hay algo extraño. Presiento el peligro.

—Estás muy excitada últimamente. Come algo sencillo y vayámonos a la cama.

—¿Con ese horrible hombre rondando por el tren? —exclamó ella arqueando las cejas y agrandando los ojos en señal de reproche.

—Si quieres que vaya a dar una ojeada...

—Sí. Creo que deberías hacerlo.

—Está bien. Vamos. Tú me indicarás cuál es el hombre.

Y se levantaron de la mesa cuando el camarero se acercaba con el aperitivo que había pedido Barry.

El americano dejó dinero sobre la mesa y murmuró:

—Temo que esta noche no vamos a cenar. Lo siento.

Y junto con Lorna se dirigió hacia el siguiente vagón.

CAPÍTULO IX

El interventor se encogió de hombros.

—No sé a quién puede referirse, señora. Este vagón está ocupado únicamente por cuatro matrimonios, que ocupan compartimentos dobles. No hay ningún *single*.

Barry permanecía a la expectativa, mientras Lorna protestaba.

—Yo he visto salir a un hombre de uno de los compartimentos del centro. Usted también vio al hombre.

—Creo que se confunde, señora —replicó el interventor.

—Cuando yo estaba en la plataforma, intentando pasar al último vagón. La puerta estaba atascada.

—¡Oh, sí! Esa puerta funciona un poco mal —sonrió el empleado, como si la culpa fuese suya.

—Había un hombre.

—¿Un hombre?

—Detrás de mí.

—Es posible. Creo que sí, vi a un pasajero.

—Pues ése es el que buscamos —insistió ella.

—Puedo asegurarle que no ocupa ningún compartimento en este vagón —replicó el ferroviario.

Lorna cambió una mirada con Barry.

—Estoy segura. Yo misma le vi salir.

—¿Recuerdas el número? —preguntó su marido.

—Era por el centro del vagón —e indicó con la mano de un modo ambiguo las puertas de la mitad del vagón.

El interventor, con un ademán, les invitó a seguir.

Abrió las cuatro puertas centrales.

El interior de cada uno de ellos estaba completamente vacío, sin huellas de que hubiese sido ocupado.

—Es lo que yo le decía, señora. Sin duda se ha confundido.

Ante la mirada interrogativa de Barry, su esposa machacó:

—Yo no veo visiones. Ese hombre, sea o no ocupante de un compartimento, salió de una de esas puertas. De esto estoy completamente segura.

Y puso un tono absolutamente enérgico en su voz.

No estaba dispuesta a que la tomaran por una visionaria o histérica.

—Hay dos policías en el tren. Si quieren puedo llamarles —intervino el empleado.

—No, déjelo —adujo Barry.

Dejaron que el interventor se alejara y continuaron los dos hacia su compartimento.

La puerta seguía atascada, pero para Barry no constituyó ningún problema abrirla.

—Esto es muy extraño —murmuró ella—. Ese hombre estaba en el tren. ¡Está! —puntualizó—. Y no sé por qué nos persigue.

—Tal vez fue una suposición tuya, querida.

—¡Barry! No puedes creer que yo...

El no la dejó concluir:

—Cálmate, querida. Yo sé que estás segura de lo que dices. Pero no tenemos al hombre y es tarde ya. No podemos despertar a los que duermen. Vamos a nuestro compartimento. No temas.

La rodeó con sus brazos. Ella se sintió mejor protegida, pero no convencida. Intuía el peligro y no le faltaba la razón.

* * *

El tren se había detenido en una estación intermedia.

Lorna levantó la lona de la ventanilla para ojear hacia el exterior.

Era de noche. Las luces de la estación iluminaban parte del edificio y el andén. No se apeó nadie del tren, pero subieron algunos viajeros. Otros salieron a estirar las piernas.

El convoy tenía una parada de cinco minutos.

—¡Éste es! Estoy segura. Mírale, Barry.

Efectivamente, Floyd Carter había bajado y se hallaba en el andén adquiriendo un semanario de manos de un soñoliento

vendedor.

Eran las tres de la madrugada.

—¿Estás completamente segura?

—Sí... ¿No recuerdas haberle visto *en* el avión?

El joven entornó los ojos.

—Sí... Creo que sí.

El pitido del tren anunció su inmediata salida y Floyd subió tres vagones más adelante.

—Espera. No te muevas —dijo Barry.

Salió del compartimento con un batín colocado sobre el pijama, y a buen paso se dirigió hacia el vagón de primera clase que había tomado el hombre que su mujer le indicó.

Tuvo que cruzar otro coche-cama, el restaurante y al fin llegó al vagón en cuya plataforma posterior había subido Floyd.

La luz del pasillo era débil y casi todos los compartimentos estaban en penumbra.

Barry avanzó lentamente.

Con disimulo miraba a través de los cristales de las departamentos.

Su misión no era fácil. No tenía pruebas concretas de *que* el hombre señalado por Lorna hubiese intentado atacarla. Sin embargo, para él también había algo que parecía flotar en el ambiente. Era un algo inconcreto, inquietante, como una espada invisible colgando sobre su cabeza.

Recorrió todo el vagón sin haber visto nada que le llamara la atención.

Sin embargo, al llegar a la plataforma...

La puerta de los lavabos se abrió bruscamente.

La plataforma estaba oscura y Barry sólo intuyó de una forma instintiva el ataque de que iba a ser objeto.

Un hombre, detrás suyo, intentó golpearle con la culata de un revólver automático.

Barry consiguió evitar la acometida y se revolvió inmediatamente para encontrarse con una mano armada que trataba de arremeter nuevamente contra él.

El ex policía se apartó al tiempo que soltaba su derecha para alcanzar al agresor, pero éste optó por el cuerpo a cuerpo.

Sin duda no quería disparar, para no llamar la atención.

Forcejearon ambos hombres en una lucha sorda, sin ruidos, pero decisiva.

Floyd, con una ligera ventaja, empujó a Barry hacia la portezuela del vagón.

Su corpulencia, aunque normal no estaba exenta de un sentido preciso de lo que debía ser una lucha de aquel tipo.

Tenía buenos músculos y sabía utilizarlos.

Barry se debatía sin poder rehacerse.

Intentaba arrebatarle el arma para luchar en igualdad de condiciones.

Floyd, sin embargo, consiguió empujarle, casi al mismo tiempo que abría la portezuela.

El ruido de las ruedas al deslizarse sobre los raíles invadió la plataforma.

Barry comprendió.

«Trata de arrojarme».

Se avalanzó sobre él ahora con la ventaja que suponía poder luchar a distancia.

Floyd, que había perdido el revólver, se agachaba velozmente para recuperarlo.

Barry se le anticipó, soltándole una patada.

Su enemigo salió empujado, chocando contra el borde de la puerta.

El ex policía aprovechó la ventaja para soltar su izquierda contra el abdomen de su agresor.

Floyd encajó el golpe con un gruñido, pero se repuso de inmediato, pasando al ataque.

Esa vez fue Barry el que tuvo que esquivar la fulminante réplica de su adversario. Con una llave magistral, Floyd le atenazó el brazo derecho doblándoselo a la espalda, al tiempo que cambiando de posición le colocaba de espaldas a la portezuela con ánimo de empujarle hacia abajo.

Durante unos segundos el forcejeo tomó su máximo apogeo.

Eran dos fuerzas similares luchando para ganar o perder irremisiblemente.

El convoy seguía su marcha a una velocidad que sobrepasaba los cien kilómetros por hora.

En dirección opuesta por la vía ascendente, se acercaba otro tren

cuyo pitido pudo oírse en la plataforma.

La lucha continuaba.

Barry consiguió vencer la resistencia de su rival y con un supremo esfuerzo lo separó.

Floyd se lanzó contra él dispuesto a terminar la lucha.

Barry, usando de su técnica, esquivó ligeramente para aplicarle un golpe con el canto de la mano en el hombro.

Floyd gruñó como una fiera acorralada.

Quiso replicar.

El ex policía esquivó.

El otro tren estaba cerca, muy cerca.

Rabioso como un gato acorralado, el atracador se avalanzó contra Barry, que le recibió con un directo de izquierda que le alcanzó el mentón.

Floyd perdió el equilibrio y saltó hacia un lado, sujetándose en la barra de la plataforma.

Sus manos, sin embargo, resbalaron.

Jadeante, quiso sujetarse de nuevo.

Perdió el equilibrio y su cuerpo desapareció en la oscuridad.

Momentos después el tren descendente cruzaba a gran velocidad.

Floyd Carter estaba en mitad de la vía.

Barry lanzó un suspiro y aun en contra de su voluntad tiró de la empuñadura de la alarma.

Hubiese preferido que Lorna quedara al margen, ignorando lo ocurrido, pero tenía que cumplir con su deber.

El tren frenó varios metros más allá.

CAPÍTULO X

El cuerpo del atracador había quedado completamente destrozado. Sus restos estaban esparcidos por la vía.

Era un espectáculo repugnante que Barry impidió que su mujer presenciara.

A duras penas los dos agentes de policía que viajaban en el convoy pudieron encontrar la tarjeta de identidad de aquel cadáver hecho pedazos.

—Se llamaba Floyd Carter. Es compatriota sayo. La tarjeta está expedida en San Francisco, igual que el pasaporte.

—Floyd Carter... —repitió pensativo Barry—. No me suena. No conozco a nadie que se llame así, pero llegando a Niza pediré información a California. Tal vez tenga antecedentes.

—Yo tampoco recuerdo a nadie con este nombre... Además, sólo le vi en el avión —adujo Lorna.

Uno de los agentes franceses preguntó:

—¿Por qué supone que le agredió?

—No lo sé —murmuró Barry intentando vanamente recordar, encontrar una relación.

—¡Están tratando de matarnos! —exclamó Lorna—. Lo de París no fue un accidente. Y tal vez sea la misma persona que trató de incendiar nuestra villa de la cosía.

—¿Han atentado contra ustedes otras veces? —preguntó el otro agente.

—No estamos muy seguros —replicó Barry—. Lo de San Francisco es un caso aparte. La policía andaba tras la pista de un incendiario. No podemos decir con seguridad que nos hubieran elegido previamente como víctimas. Y tampoco existen pruebas en lo que sucedió en París, aunque después de esto...

—Le agradecería que hiciese una declaración oficial, señor Chandler —dijo el agente francés que había hablado antes.

—Desde luego. La haré —replicó Barry,

* * *

El tren, tras la interrupción, continuó su marcha.

La llegada a Niza se produjo con algún retraso.

Los Chandler acudieron al puesto de policía, desde donde Barry pidió comunicación con San Francisco.

El teniente Parker de la Brigada de Homicidios, buen amigo suyo, le informó.

—El pirómano ha sido detenido. Era un maniaco medio loco... Pero en el informe de su interrogatorio no figura ningún atentado contra tu casa de la costa.

—¿Estás seguro? —insistió Barry.

—Completamente. No fue ningún problema hacerle confesar. Parecía que se estaba deleitando contándonos los incendios que había provocado. Incluso se confesó autor de otros ocurridos en Los Angeles, pero repito que no mencionó para nada lo de intentar incendiar tu casa.

Barry Chandler le pidió cuanta información poseyera de Floyd Carter, de quien le facilitó las señas por el retrato que figuraba en su pasaporte.

—Aparenta unos treinta o treinta y dos años..., aunque en el pasaporte figura con treinta y siete. Mide un metro setenta y ocho. No figura ninguna cicatriz, ni otra marca peculiar en su cuerpo, siempre según los datos del pasaporte. Su pelo es castaño. Ojos más bien grandes, grises, corpulencia media. Llevaba consigo un «Colt» automático del calibre treinta y dos.

—Te contestaré en cuanto sepa alguna cosa, Barry —replicó el policía de San Francisco.

Barry abandonó la gendarmería, dejando que la policía francesa prosiguiera por su cuenta la investigación.

Más tarde, se acomodaron en el hotel.

Su reserva era para el piso sexto, habitación 623, casi inmediatamente debajo del que ocupaba Peter Alvarado.

Peter estaba en la piscina.

El día era claro, apacible, y la piscina de agua templada estaba bastante concurrida.

El atracador había conseguido en parte sus propósitos en lo referente a entablar amistad con la sueca Helga.

Ahora estaban juntos tomando unos combinados a pleno sol.

Reían.

Barry y Lorna miraron por la terraza.

Habían salido de una pesadilla y necesitaban un buen descanso, para reemprender su accidentada luna de miel.

Peter no podía infundirles la menor sospecha, porque al igual que Floyd, jamás le habían visto.

Barry, sin embargo, estaba pendiente de la llamada de San Francisco.

* * *

Parker telefoneó aquella misma tarde, después del almuerzo.

La información sumió a Barry en la más completa perplejidad.

—No existe ningún antecedente de ese Floyd Carter. Ninguna condena, nada. Es un desconocido para nosotros. De todos modos, cuando recibamos la foto, investigaremos para comprobar si usaba nombre falso.

—No puedo comprenderlo.

—Haz memoria, Barry... Tú estuviste antes que yo. Puede tratarse de un amigo de algún tipo al que tú apresaste. Tal vez de algún familiar...

—Es lo que he estado intentado recordar, pero sí fuera esto no habría intentado atacar a mi esposa.

—¿La atacó?

—No pudo, pero ella está segura que la persiguió a través de los pasillos del tren. Luego está el intento de atropello... Y lo del incendio... De veras que no doy con la solución.

—Bien, Barry. Recibirás noticias si hay algo nuevo. Entretanto conviene que estés prevenido.

—Sí. Lo supongo.

Cuando colgó, depositando el aparato góndola sobre la mesita de su habitación, sus ojos se cruzaron con los de Lorna, que le miraba inquisitivamente.

—No hay antecedentes.

Ella guardó silencio.

Nadie intenta matar sin un motivo, y ese motivo era precisamente el que los dos intentaban encontrar.

—¿No tienes la sensación de hallarte acorralado? —preguntó Lorna rompiendo el silencio.

—No lo sé, Lorna... Pero te aseguro que quién quiere que sea el que está intentando estropearnos la luna de miel, no lo va a pasar bien si cae en mis manos.

—Barry —murmuró ella—. ¿Crees que ese Floyd... podía trabajar por cuenta de otro?

—Vámonos, Lorna. Dejemos esto ahora. Alquilemos un coche y haremos una excursión. Esto es maravilloso, y no ganaremos nada devanándonos los sesos.

CAPÍTULO XI

Las veinticuatro horas siguientes estuvieron presididas por la más absoluta tranquilidad.

Sin embargo, aquella calma era sólo aparente porque al atardecer en el piso séptimo se oyó el chillido de una mujer.

Era Helga, la sueca.

Estaba frente a la habitación de Peter Alvarado, con los ojos a punto de salir de sus cuencas.

La puerta estaba abierta y dentro se encontraba el cuerpo de Peter sobre la cama, atravesado y con la cabeza colgando.

El grito de Helga atrajo a varios clientes y al detective del hotel.

—Que nadie toque nada —advirtió éste.

Examinó el cadáver.

Para un experto no cabía la menor duda de que el cliente de la 725 había muerto estrangulado.

Barry había subido también.

El inspector Funes, de Homicidios, le permitió el paso.

Funes es el que le había tomado declaración a su llegada a Niza.

—Sí. No hay duda de que le han estrangulado, pero fíjese en eso, inspector —y Barry indicó la cabeza del muerto.

Funes asintió.

—Ya me había dado cuenta. Le golpearon primero.

Barry corroboró:

—Y a menos que el asesino sea zurdo, lo hicieron por la espalda. ¿No opina usted lo mismo?

Funes asintió ligeramente.

Era un hombre de estatura media, un tanto rechoncho y de aspecto tranquilo. A simple vista era el tipo medio de francés. Buen padre de familia y de costumbres caseras. Barry pensó que tras

aquella figura casi vulgar se escondía un cerebro excelente y un policía sagaz.

—Señor Chandler —dijo de pronto—. ¿Usted no conocía a ese hombre?

—Creo que le vi un momento en el hotel, ayer a la hora de la cena. Iba con una chica. —Sí, sí, pero quiero decir de antes... De su país. Era norteamericano. Igual que el que le atacó a usted en el tren.

—No le conocía... Pero no comprendo que relación pueda tener.

—Ni yo —sonrió Funes—. Es sólo una suposición.

—¿Y en qué la basa, inspector?

—Verá. Hemos sabido que Floyd Carter tenía habitación reservada en este hotel. Aquellas palabras dieron bastante que pensar a Barry.

—Es curioso...

—¿Verdad que usted también encuentra todo esto un poco raro?

—Sí, pero ése —y señaló el cadáver— no intentó atacarme. Si, como usted supone, Alvarado y Carter eran amigos...

—Sí, sí —atajó el policía francés—, sé lo que va a decirme... Oficialmente no parece existir ninguna conexión, pero no deja de ser un punto interesante para pensarlo. Vea si puede ayudarnos, señor Chandler. Tal vez recuerde algo. —Es lo que estoy intentando.

* * *

Más tarde, en su habitación, Barry comentaba con su esposa:

—Resulta curioso que Alvarado fuese también de San Francisco, lo mismo que Carter.

—¿Se sabe quién le mató? —Irrumpió ella.

—Es lo que están intentando averiguar. Alvarado llegó un día antes que nosotros. Vino solo y únicamente trabó amistad con esa sueca.

—¡Barry! —exclamó Lorna de pronto—. Quizá se trate de un ajuste de cuentas.

—Sí... Pero de ser así, desconectaría por completo toda relación entre Alvarado y Carter. —Hizo una pausa y añadió—: Tal vez tendríamos que cambiar de hotel.

—En el fondo crees que de un modo u otro nosotros tenemos

algo que ver en todo esto, ¿verdad?

—No sé qué pensar, Lorna.

—Pero te sientes amenazado. Presientes como yo que van a suceder más cosas.

—Es como luchar en las tinieblas, querida. Y no hemos venido a luchar. Insisto en que nos marchemos. Italia está cerca, o España si lo prefieres.

—¡Barry! —exclamó ella en tono decepcionado—. Esto es como huir.

—Quien evita la ocasión, evita el peligro.

—Pero tú fuiste policía. Un buen policía. Y lo llevas aún en la sangre. Dicen que cuando uno a elegido trabajo por propia vocación, nunca lo abandona por completo.

—Ahora soy un marido amante de su esposa...

—¿Y temes por mí, verdad? Por eso quieres irte, pero si estuvieras solo no intentarías marcharte. Sé que te quedarías, que investigarías por tu cuenta y llagarías a descubrir qué se esconde detrás de todo esto.

—Yo no soy un héroe, querida. Me valorizas en demasía. Como policía, me limité siempre a cumplir con mi deber.

—Y tuviste ascensos y menciones especiales por tu valor.

—Dejémoslo, querida. Lo que más me fastidia es que traten de estropearnos la luna de miel.

El se quedó pensativo. Lorna tras mirarle unos bastantes sonrió:

—Sé que estás cavilando y no quiero molestarte. Voy a bajar un rato. Hace buen tiempo. Me sentaré en la terraza, junto a la piscina. Es muy bonita con esas luces de colores.

A través de los ventanales de la terraza podía ver seis pisos más abajo el rectángulo acuático perfecta y artísticamente iluminado. La bonanza del tiempo permitía que muchos clientes, pasada ya la alarma que supuso el descubrimiento del crimen, tomaran sus aperitivos antes de la cena.

El tema de los comentarios era aquella muerte, para desesperación del director del hotel, que un suceso de aquella índole, temía pudiera desprestigiarle el local, cara a la próxima temporada.

Cuando Lorna se sentó en una de las mesas situadas alrededor de la pista, el hombre —el director— atendía personalmente a los

clientes.

—Yo soy el primero en lamentar lo ocurrido. Deploro que un asesino haya escogido esta casa para *cometer* un acto tan horrendo, pero no duden que la policía descubrirá al culpable. Ustedes estén tranquilos. Disponemos de una vigilancia especial. Todos ustedes están completamente seguros.

Esas palabras las iba repitiendo en una y otra mesa para apaciguar los ánimos.

Lorna además de contemplar los alrededores y de percibir la suave musiquilla que se confundía con el tenue ruido de las aguas del mar, pensaba, pensaba en lo ocurrido, pensaba en el último asesinato e intentaba buscar una conexión.

De pronto, sus ojos se detuvieron en un punto concreto. Había visto a alguien. Fue solo un momento. Un leve parpadeo y el hombre que consiguió impresionarla se había esfumado como por arte de magia.

Se levantó decidida y rodeó la piscina intentando ver de nuevo aquel rostro.

¿Dónde había ido?

¿Se había escondido porque él también la había reconocido?

Lorna buscó entre el jardín del hotel, iluminado de forma indirecta con luces de diversos colores que resaltaban el verde de los arbustos, de las plantas de jardinería.

No vio a nadie.

Entró en el vestíbulo del hotel.

No había demasiada gente.

El hombre que había visto momentos antes tampoco estaba.

¿Acaso había sido sólo fruto de su imaginación? ¡No!

Estaba segura.

Aquel hombre era... Nick Hopkins.

CAPÍTULO XII

—Te digo que está en el hotel, Barry. Acabo de verle. El también me ha visto y por eso ha desaparecido.

—Nick Hopkins, el ladrón de bolsos. No sabía que estuviese en libertad.

—Hay que advertir al inspector Funes. Hopkins no está aquí como un turista, a venido a robar.

—Es muy posible, aunque no tienes ningún motivo para asustarte.

—No, no tengo miedo, pero fui yo quien le descubrí y la que insistí para que llamaran a la policía. Hopkins puede sentir deseos de vengarse.

—Un hombre fichado lleva siempre las de perder. Sabe que si advertimos a la policía, no podrá intentar nada en ningún hotel de la costa. —Y Barry, tras una pausa murmuró—: ¿Estás segura que era él?

—Completamente, Barry.

—Bueno... Si es huésped del hotel, ya le veremos en el comedor. Por cierto, creo que ya es la hora de la cena.

En aquel momento sonó el teléfono.

Barry lo tomó. Era una conferencia de San Francisco. Al habla estaba el teniente Parker de la central de Homicidios.

—Ya hemos recibido la foto de Floyd Carter. Sigue siendo un desconocido. Carece de antecedentes.

La información era poco menos que nada y aún complicaba más las cosas para Barry. Claro que de haber sabido la verdad, todo habría sido mucho más simple y habría podido prevenirse contra la sentencia que pesaba sobre sí y sobre su esposa.

—En el comedor no está —dijo Barry.

No. Nick Hopkins no figuraba entre los comensales.

Lorna insistió.

—Pero estaba en la terraza.

—Preguntaremos en recepción después de la cena. Media hora más tarde el recepcionista confirmaba: —No, señor. No tenemos a ningún cliente con ese nombre.

—Entonces habrá entrado para tomar algo —adujo Lorna.

—¿Es amigo de ustedes? —inquirió el recepcionista.

—No exactamente, pero sentimos cierto interés —replicó Barry sin puntualizar.

Al alejarse del mostrador de recepción, ella murmuró:

—Una cosa es cierta. Se halla en Niza.

Apenas había pronunciado aquellas palabras, por la puerta movable apareció el inspector Funes.

Saludó con una sonrisa a la pareja, que amplió al mirar a Lorna.

—¿Alguna noticia, inspector? —preguntó Barry.

—No. Simplemente he venido para hacer unas preguntas a la sueca. Es para completar la información.

—Pues nosotros sí que tenemos una para usted, inspector —intervino Lorna.

Barry asintió.

—Mi mujer ha visto a cierto hombre en la terraza. No es huésped del hotel, lo hemos comprobado.

—Es un ladrón. En San Francisco intentó robar mi bolso. Habrá venido para cambiar de ambiente. Aquí seguramente no le conocen.

Había sido Lorna la que informó de carrerilla al policía francés, Barry corroboró las palabras de su esposa asintiendo con la cabeza.

—Pues si que estamos arreglados. Parece que se han propuesto fastidiarme la primavera, Asesinos, ratas de hotel... De pronto es como si hubiese entrado una plaga, Bien... Averiguaré dónde se hospeda ese hombre. Gracias por la información, y ahora discúlpenme. Voy a mi trabajo.

Y Funes se alejó para ir en busca de Helga.

Por más que tratara de averiguar, Funes se quedaría con las ganas de encontrar a Nick, porque el atracador estaba allí mismo en el Cote d'Argent.

Se hizo servir la cena en su habitación.

Claro que constaba con el nombre francés de Durand, por lo que su localización iba a resultar bastante más difícil.

En aquellos momentos estaba cenando en compañía de otro hombre que se había inscrito aquella misma noche como Arthur Harwey, de nacionalidad norteamericana, de profesión comercio.

La estatura y complexión del invitado de Nick era parecida a la de Floyd Carter y también a la del recién asesinado Peter Alvarado.

Era con Nick el otro superviviente de los cuatro que habían cometido el atraco casi diecinueve meses atrás en la fábrica conservera del tío de Lorna.

El tema de la conversación era la muerte de los otros dos cómplices.

—Lo de Floyd ya sabemos cómo ocurrió. El muy idiota se dejó cazar y pagó las consecuencias —murmuraba Nick saboreando un cóctel de mariscos—. Yo no lo supe hasta que llegué, de lo contrario habría tomado otro alojamiento. Ahora Lorna me ha visto, aunque confío que gracias a mi nuevo nombre no consigan localizarme. De todos modos, me sentiré más tranquilo si esa condenada muchacha y su marido desaparecen para siempre.

Arthur Harwey replicó:

—No es esto lo que debería preocuparte ahora, Nick, Está lo de Alvarado, Le han estrangulado. ¿Quién y por qué?

—Eso es lo que también me gustaría saber.

—¿Acaso... ese Barry Chandler?

—No. Es un ex polizonte. El no haría eso.

—Entonces, ¿quién?

—Ojalá pudiera contestarte, Arthur.

—Tú ya estabas aquí cuando él murió.

—Sí. Pero no hablé para nada con él. Era lo convenido, que nadie nos relacionara.

Se produjo un silencio. Arthur adujo, hablando casi consigo mismo:

—¿Qué pensaba ganar el que mató a Alvarado?

Nick no contestó y Arthur añadió:

—Tal vez habló del asunto con alguien.

—El dinero era para repartir entre los cuatro. No contaba ningún sustituto. No hay herederos. Sólo cobran los vivos. Fue lo pactado.

—Bien —replicó Arthur encogiéndose de hombros—. Los beneficiados somos nosotros.

Tocaremos a más.

—Sí... Tocaremos a más —repitió Nick.

—¿Dónde está el dinero? —preguntó Arthur.

Había una contenida codicia en su voz. La perspectiva de embolsarse más de un millón de dólares no era cosa que sucediera todos los días.

—Ten calma, amigo... Con la policía de por medio y esos malditos Chandler vivos, todavía resulta un poco arriesgado.

—He esperado casi diecinueve meses, Nick... Creo que ya está bien. Dame mi parte y me largaré.

Arthur estaba impaciente. Nick sonrió con sarcasmo.

—Si has esperado diecinueve meses, no vendrá de día más o menos. La cuestión es que nunca en tu vida volverás a obtener un dinero ganado con tanta facilidad...

CAPÍTULO XIII

El diálogo entre el inspector Funes y la sueca Helga no aclaró gran cosa, ni contribuyó a despejar las incógnitas del policía.

—Ya le dije que le había conocido el día anterior. Era simpático y se mostraba muy obsequioso.

—¿Le vio intranquilo en algún momento?

—¿Intranquilo?

—Sí. Quiero decir si le pareció que estaba nervioso por algo..., temeroso.

—No... Quizá no me fijé demasiado, pero yo diría que se comportaba de un modo normal.

—O sea que no daba muestras de que temiera una posible agresión.

Helga se encogió de hombros.

Su actitud era de fastidio por tantas preguntas.

Su rostro frío y un tanto inexpresivo, no mostraba la menor afectación. Contestaba de forma espontánea, sin entusiasmo, sin calor.

Era hermosa sin embargo, y como la mayoría de sus compatriotas poseía esa belleza serena y glacial, que parece una coraza con el ardor que ocultan en sus corazones.

Tenía un cuerpo perfectamente moldeado. Sus formas resultaban, aun sin que ella las hiciese resaltar, un tanto provocativas.

Funes la observaba con aire profesional, sin inmutarse ante tanta belleza.

Por unos instantes pareció fijarse en las piernas de la bella, que usaba una muy sucinta minifalda.

Ella sonrió ligeramente, como si reprochara a Funes.

El policía hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Tengo una hija que tiene poco más o menos su edad. No me impresionan unas piernas femeninas. Simplemente me fijaba en ese morado que tiene usted en la rodilla. —Un golpe al salir de la piscina. Resbalé y caí, dándome en esa rodilla.

—Ya...

Funes se puso en pie como si diera por terminada la conversación que sostenían en un ángulo de un pequeño saloncito dedicado a sala de lectura y ajedrez, donde se encontraban solos los dos.

Antes añadió todavía:

—¿Cuándo le vio por última vez?

—Tomamos un té, poco después de las cinco. Luego, él fue a cambiarse de ropa, quería ir a cenar fuera y antes dar un paseo. Yo accedí. Creo que ya le dije que ¡habíamos quedado en que el primero que estuviera listo iría a buscar al otro!

—El ocupaba la habitación 725... Y usted la 721.

—Sí.

—Una habitación de por medio.

—Si.

—Vacía.

—No sé... ¿Pero por qué me pregunta todo esto? ¿No irá a pensar que yo...?

—¡Oh, por favor, señorita...! Lo único que deseo es obtener la máxima información posible, y usted tal vez, aun sin apercibirse de ello, puede aportar algún detalle importante.

—¿Yo? No sé qué puedo hacer... Ya le dije que sólo le conocía del día antes.

—Pero al parecer fue la última persona que le vio con vida.

La sueca sonrió con suspicacia.

—Se equivoca, inspector. Después de mí, le vio el asesino.

—¡Oh, sí! —replicó Funes captando la sagacidad con que la joven había pronunciado aquellas palabras.

Luego, prosiguió:

—Usted dejó a Alvarado poco después de las cinco.

—No, inspector. Tomamos té poco después de esa hora. Cuando nos separamos, creo que faltaban cinco minutos para las seis.

—Y según el forense, Peter Alvarado murió entre seis menos

cuarto y seis, pero basándome en su información y considerando, por lo tanto, que a las seis menos cinco minutos vivía todavía, sólo nos quedan cinco minutos. Los cinco minutos durante los cuales se cometió el asesinato. Por cierto, ¿no oyó ningún ruido? ¿Nada que entonces no le diera importancia y que ahora pudiera ser vital?

—No. No oí nada. Estaba en la ducha. El ruido del agua me impedía oír cualquier otro sonido.

—Sí, comprendo... Disculpe, espero no tener que molestarla, aunque si recuerda algo, no vacile en comunicarme conmigo. Voy a dejarle una tarjeta con mis números de teléfono.

Punes le entregó la cartulina y dejó a Helga que, tras permanecer un momento pensativa, se levantó sonriendo para sí como si en el fondo todo aquel asunto fuese un atractivo más de sus vacaciones en Francia.

* * *

Arthur Harwey salió de la habitación de Nick tomando las mismas precauciones que cuando entró en ella.

Nadie le vio.

Cruzó el pasillo, mientras Nick cerraba la puerta 321, correspondiente al octavo piso.

Arthur bajó al quinto para entrar en la 522, debajo mismo de la ocupada por Barry y Lorna Chandler.

La mayoría de los clientes se habían retirado ya a descansar, excepto los escasos que optaron por ir a divertirse en algún *cabaret*.

Las luces de las terrazas fueron apagándose, indicando que sus ocupantes se disponían a dormir.

La piscina estaba oscura y el barman se disponía a cerrar.

Empezaba la noche en el hotel.

El conserje, sentado en un rincón, escuchaba una radio de transistores, utilizando un diminuto auricular aplicado a la oreja.

El reloj eléctrico que marcaba los minutos, señalaba las diez y veintidós.

Un poco más tarde, el silencio era ya total.

Los corredores de los pisos estaban iluminados únicamente con una luz mortecina que bastaba únicamente para no tener que ir a tientas.

Los Chandler estaban acostados también, aunque no dormían.

Desde la ventana y con las cortinas descorridas, podían ver el reflejo de la luna sobre el mar.

El espectáculo tenía mucho de romántico para los enamorados; sin embargo, ni Barry ni Lorna parecían fijar demasiado su atención en el cabrilleo lunar.

Quieras que no, se habían visto arrastrados por los sucesos y Barry, acentuando sus precauciones dormía con el revólver debajo de la almohada.

A pesar del silencio, nadie pareció oír las pisadas de alguien que caminaba en el quinto piso.

Aquellas pisadas, lentas pero seguras, pertenecías a alguien que indudablemente prefería que nadie le sorprendiese en aquellos momentos.

Y aquellos pies llevaban una dirección concreta. La puerta que cerraba la habitación 523. El cuarto donde se hospedaba Arthur Harwey.

Arthur estaba tendido en la cama, aunque no dormía.

Las pisadas se detuvieron de pronto frente a la puerta.

El dueño de aquellos pies permaneció unos instantes inmóvil, como si escuchara a través de la puerta.

El silencio seguía siendo absoluto.

Al fin llamó con los nudillos de forma suave.

Arthur Harwey, acostado ya, encendió la luz.

—¿Quién es? —preguntó frunciendo el entrecejo.

Al otro lado de la puerta alguien volvía a repiqueteas con los nudillos.

Arthur abrió el cajón de la mesilla y sacó un revólver. Lo metió en el bolsillo de su chaqueta del pijama y se encaminó hacia la puerta para descorrer el pestillo. Abrió.

—¡Oh! —exclamó con una sonrisa.

—¿Puedo pasar? —preguntó el recién llegado.

—Seguro que sí. Es una visita muy agradable la suya —murmuró Arthur.

Ella avanzó hacia el interior de la habitación.

«Ella» era Helga, la encantadora sueca.

CAPÍTULO XIV

El cadáver de Arthur Harwey fue encontrado en el suelo. Había sido golpeado por la espalda y estrangulado.

El crimen era una copia exacta del anterior, con la diferencia de que Alvarado tenía un revólver en su equipaje y Harwey lo tenía aferrado en la mano, como, si dándose cuenta del peligro, hubiese intentado disparar sin conseguirlo.

Funes salió de la habitación después de haber examinado todos los rincones.

Los fotógrafos tomaban las últimas placas y los camilleros esperaban a que el forense diese por terminada la inspección previa del cadáver.

Barry había bajado, rogando a su esposa que no se moviera para nada de la habitación.

Más tarde, y cuando ya los sanitarios se llevaban el cuerpo sin vida de Arthur Harwey, Barry se aproximó al policía francés, que en aquellos momentos estaba diciendo a los periodistas:

—Sin comentarios. Cuando tenga algo importante que comunicar, les avisaré.

Barry preguntó:

—¿A qué hora?

—Diez treinta y once. Se podrá puntualizar mejor después de la autopsia. Esta vez han pasado más horas desde la muerte hasta el descubrimiento del cadáver; sin embargo, confío en reducir al mínimo el espacio de tiempo en que se produjo el fallecimiento... Por cierto, su habitación es la de encima... ¿No oyó nada?

—No, inspector. Y crea que lo siento.

—Seguramente en su país tampoco tendrán antecedentes de ése... Me pregunto a quién benefician esas muertes.

—Oiga, Funes —exclamó de pronto Barry—. Tanto esos dos hombres asesinados en el hotel como el que me atacó en el tren, iban armados.

—Sí.

—Me atrevería a pedirle que me prestara esos revólveres.

—¿Para qué?

—No los quiero para mí. Lo que pretendo puede hacerlo usted mismo. Mandarlos al Departamento de Homicidios de San Francisco, puesto que los tres proceden de allí. En la sección de balística dirán si las armas han sido utilizadas alguna vez contra personas, porque el que ninguno de esos hombres esté fichado anteriormente, no quiere decir que no sean delincuentes. Mi esposa en cierta ocasión me dijo algo que... —Se interrumpió un momento para seguir—: Sí. Me fijo que sobre las mesas de los despachos de la policía puedan siempre expedientes por concluir. Casos que no han encontrado todavía la solución final, y... ¡Quién sabe!

—Por mí no hay inconveniente —replicó Funes.

Con su proposición, Barry Chandler había dado el primer paso que conduciría al primer cabo suelto de todo aquel caso que había comenzado casi diecinueve meses antes. Lo que faltaba por ver era si él y su esposa verían el final.

* * *

Barry había entrado ya de lleno en las pesquisas y se proponía colaborar en lo posible con la policía francesa, lo cual satisfacía plenamente a Lorna.

—No lo hago por ti, querida, y lamento si ello te decepciona... En esto soy muy egoísta.

—No te comprendo.

—Si colaboro, es sencillamente para esclarecer de una vez el misterio. Será el único modo de que podamos proseguir con tranquilidad nuestra luna de miel.

—Barry, yo creo que deberías hacer las averiguaciones por ti mismo.

—¿Por qué?

—Tú le has dado a Funes la idea de que en balística examinaran las armas, si se descubre, el triunfo será para él, y podría ser todo

para ti.

—Cuántas veces he de repetirte que ya no soy policía.

—Ése podría ser tu último caso y sería una excelente propaganda para tu carrera.

—Mi querida Lorna, no estaría nada bien que asumiera un papel que no me corresponde. Si investigara por mi cuenta, entorpecería la labor de Funes. El lleva las cosas a su modo. Cada policía tiene un método y si le ocultara algo, no haría más que retrasar el resultado final, y nadie tiene más deseos que yo de que todo termine pronto. O esto, o nos marchamos de aquí.

—¡No!

La curiosidad de Lorna estaba resultando demasiado peligrosa, porque...

* * *

Barry se había ido al puesto de policía para hablar con el inspector, mientras Lorna se quedó en la piscina con la recomendación expresa de su marido.

—No te muevas de entre la gente. Yo estaré de vuelta a la hora de la cena. Si vas a tu habitación, cierra por dentro y no abras a nadie. Quizá este asunto no tenga nada que ver con lo del tren, pero algo me dice que existe algún punto de conexión, aunque de momento nosotros no hayamos servido de blanco.

Y Lorna bajó para sentarse en una mesa cerca de la piscina.

Pero su inquietud no le permitió permanecer mucho rato inmóvil y decidió recorrer el hotel.

En el bar, al interior, estaba sentada la sueca, conversando con un hombre.

Helga era la atracción del hotel y los hombres solos iban a ella como moscas a la miel.

Las dos mujeres se cruzaron momentáneamente sendas miradas.

Lorna pareció pensar: «Esa oculta algo». Luego pensó:

«Tendré que hablar de ello a Barry».

Cruzó el salón, pasó al saloncito de lectura y a otra dependencia contigua hasta llegar a la puerta que conducía a la cocina y servicios del hotel.

Otra puerta de batientes por la que apareció un hombre con

aspecto de mecánico, llevaba al sótano. Luego, casi enfrente, estaba la escalera de servicio que utilizaban los camareros y las mujeres de la limpieza para subir a los pisos.

Sin saber exactamente por qué lo hizo, Lorna se encontró subiendo los peldaños de aquella escalera.

Simple curiosidad, ya que no podía ser otra cosa.

Quizá su sexto sentido permanente le hizo intuir algún descubrimiento, aunque sólo fuera debido a los deseos de contribuir al esclarecimiento de aquellos misteriosos asesinatos y también a su indomable espíritu aventurero en ese sentido.

Llegó a la primera planta.

Allí en el rellano, frente a la escalera que proseguía hacia los pisos superiores, estaba la puerta que daba acceso al pasillo donde daban las puertas de las habitaciones, y luego otra puerta que indicaba: «Personal».

Se detuvo unos instantes hasta que escuchó unas pasos. Procedían de más arriba.

Pensó que se trataba de algún camarero y prefirió abrir la puerta y entrar al pasillo.

¡Estaba cerrada!

Pensó que era una contrariedad, aunque de hecho consideró que carecía totalmente de importancia que la vieran allí. Al fin y al cabo, no estaba prohibido.

Aun así optó por quedarse en el hueco del rellano, junto a la puerta del pasillo, de modo que si el que bajaba no miraba hacia aquella parte, no la vería.

Lorna no tardó en comprobar cuán peligrosa estaba resultando aquella furtiva excursión, porque el hombre que descendía por la escalera era Nick Hopkins.

Contuvo la respiración.

Nick se detuvo un momento en el rellano.

Si volvía la cabeza hacia ella, la vería.

Lorna sintió un escalofrío.

Tampoco se explicaba por qué, ella, una mujer en general valerosa, le intimidaba aquel hombre.

Tal vez fuera aquella mirada penetrante, aquellos ojos agresivos con que la miró en el
Seven's

Club. Ojos refulgentes, dominantes.

Sí..., era aquello lo que más respeto le imponía.

Siempre había imaginado a Nick como un hombre vengativo, tenía motivos para vengarse porque había sido ella quien insistió en llamar a la policía.

Contuvo la respiración, mientras Nick, afortunadamente, se dirigió hacia la puerta opuesta sin volver la cabeza.

Se adentró hacia el corredor del personal.

Lorna esperó unos instantes y luego, de nuevo guiada por su curiosidad y armándose de valor, entreabrió la puerta decidida a seguir a distancia a Nick.

¡Ahora ya estaba segura de que se hallaba en el hotel!

CAPÍTULO XV

El pasillo estaba sumido en la penumbra. Sólo una débil bombilla incandescente de escasos watios iluminaba muy ligeramente la superficie. Había puertas a cada lado y un recodo al final.

Nick había desaparecido.

¿Dónde?

¿Detrás de una de aquellas puertas?

Ella avanzó con sigilo, de puntillas, procurando que sus pasos no fueran oídos.

Al llegar al recodo sintió cómo los latidos de su corazón aceleraban el ritmo.

Tenía los nervios en tensión.

La excitación de lo desconocido la atenazaba y le daba nuevo coraje al mismo tiempo. Asomó ligeramente la cabeza y vio que el corredor continuaba un par de metros formando otro recodo.

Siguió caminando.

Allí la penumbra se convertía en oscuridad, porque no llegaba la luz de la bombilla.

Pegada a la pared continuó su marcha y asomó nuevamente.

Sin duda, Nick le llevaba ventaja, pero no debía descartar la posibilidad de que se hubiese dado cuenta y acechara desde la sombra.

Sí... Tenía que ir con sumo cuidado, por él, Nick, sabía que ella le había visto la otra noche en la piscina.

Comprobó que tras el nuevo recodo comenzaba una escalera cuyos tramos se dirigían uno hacia arriba y el otro hacia abajo.

La parte de arriba estaba oscura. Por la de abajo se adivinaba una luz que surgía de alguna habitación.

Dudó unos instantes y decidió descender.

No tardó en encontrarse en una especie de *hall* que estaba lleno de cajas, latas y otros pertrechos.

Una puerta comunicaba con la calle.

Comprendió enseguida que se encontraba ante la entrada de mercancías.

—Por aquí debe entrar y salir —musitó para sí en voz muy queda.

Se aventuró a salir hasta la calle.

En realidad, no era una calle, sino la parte lateral del hotel. Un callejón sin salida, puesto que al final una tapia de ladrillo cerraba el paso y enfrente de la puerta se alzaba una empalizada de madera.

Se dirigió hacia la parte frontal del edificio.

Al llegar a la esquina del hotel miró a ambos lados.

Pensó que Nick se habría ido.

No se fijó en el hombre que dentro de un automóvil, con las luces apagadas, la estaba observando con ojos refulgentes, felinos.

Era Nick Hopkins.

Ella regresó por la puerta principal.

Cuando entró en el hotel, Nick puso en marcha el automóvil y se alejó.

Por el callejón del que había salido Lorna, surgió Helga con paso furtivo.

También ella había efectuado una excursión secreta. Pero Lorna no se había dado cuenta de que sus pasos habían sido seguidos por la sueca.

* * *

—De lo que no hay duda es de que Harwey recibió la visita de una mujer. Tenía una mancha de carmín *en* la camisa y además algo bastante importante.

Y mostró a su ayudante dos cabellos pelirrojos.

—La sueca.

—Es posible...

—¿Qué tendrá que ver esa mujer?

—Le haremos una nueva visita en cuanto en el laboratorio confirmen la marca del carmín y obtengamos una muestra de su pelo.

—Si el resultado es positivo, ¿podremos detenerla?

—No. Hay algo que no está demasiado claro en todo esto. Primero habrá que esperar que los americanos nos digan algo sobre lo de las balas. Barry Chandler tuvo una buena idea. Chandler fue un buen policía, yo leí algunos trabajos suyos.

Una llamada interrumpió la conversación. Era del laboratorio.

La marca de carmín era de tipo corriente, fabricado en Francia.

Ya sólo faltaba averiguar si correspondía al mismo que usaba la sueca y si los cabellos eran realmente suyos.

Éste era el trabajo más delicado.

—Vamos, Dupont —dijo el inspector a su ayudante.

En el momento en que salían del puesto, llegaba Barry Chandler.

—Hola, señor Chandler —saludó sonriente el inspector—. Tengo algo que comunicarle, referente a ese tal Nick Hopkins, mis hombres han estado investigando. No hay nadie alojado en ningún hotel que responda a ese nombre.

—Puede utilizar uno falso.

—Sí, pero en tal caso también tendría que ser falso su pasaporte.

—Eso no es tan difícil... Aunque cuesta caro. Demasiado para un simple descuidero. No. Hopkins no puede disponer de una gran suma... Sin embargo, mi esposa aseguró verle.

—¿Le preocupa mucho ese hombre?

—Tal vez...

—¿Cree que pueda estar ligado con los demás acontecimientos?

—Hasta el momento no veo ninguna relación... Aparte de que fuimos nosotros quienes le detuvimos en San Francisco, es absurdo pensar que pueda llevar su venganza hasta el crimen. Expone demasiado. No... No es lógico que haya realizado un viaje tan largo con el propósito de vengarse.

Quedóse pensativo.

Sin embargo, por más vueltas que le diera era casi imposible que pudiera relacionarle con el atraco a la conservera del tío de Lorna.

* * *

Nick Hopkins, sin embargo, seguía pensando que los Chandler eran un estorbo.

Claro que podía marcharse. No tenía que repartir el dinero con

nadie, pero... ¿Y si Lorna convencía a su marido para investigar su presencia en Francia?

Podrían conseguir fotografías y entonces se descubriría la falsedad de su pasaporte.

No. Seguía pensando que era mejor liquidarles. Librarse de testigos y entonces ya podría vivir tranquilo.

Cuando poco antes había pasado por delante del hotel, se limitó a dar la vuelta y entrar nuevamente por la puerta del callejón.

De allí subió por la escalera de servicio hasta el piso sexto y sus pasos se encaminaron hacia la habitación 623.

Escuchó unos instantes y luego miró a través del ojo de la cerradura.

Estaba oscuro, señal de que la habitación permanecía vacía.

Utilizando el ascensor automático subió hasta su piso, el octavo, y con paso rápido se dirigió a su habitación, la 821, dos pisos más arriba que la de los Chandler y sólo una terraza más apartado.

Utilizando unos prismáticos miró hacia la piscina.

Vio nuevamente a Lorna sentada en una mesa. Sonrió para sí, mientras arrojaba los prismáticos sobre la cama.

Despojóse de la chaqueta y se deshizo rápidamente el nudo de la corbata.

Del bolsillo derecho de su pantalón sacó un revólver automático, comprobó que estaba cargado y le aplicó un silenciador.

Volvió a guardar el arma y encaramándose en la barandilla de la terraza, pasó a la contigua, justo dos pisos más arriba del dormitorio de los Chandler.

Sabía de antemano que en la habitación contigua a la suya no había huésped alguno, y confiaba que en el séptimo, cuya terraza tenía que saltar para pasar a la de Barry y Lorna, los clientes estuvieran fuera en el bar como la mayoría.

Con habilidad se descolgó del balcón y calculando bien el salto, se dejó caer.

Suspiró al ver que la habitación estaba a oscuras.

Un nuevo salto y se encontraría en la terraza de los Chandler.

Hizo la misma operación con idéntico éxito.

La oscuridad le favorecía, porque aunque alguien mirara desde abajo, difícilmente hubiesen podido verle.

Ya en la terraza de la 623, sólo tuvo que empujar la puerta

corredera hacia el lado que se abría.

Aquel sistema de puertas carecía de pestillo y podía abrirse con suma facilidad desde ambos lados.

Nick pasó al interior de la habitación. Habituó sus ojos a la oscuridad y buscó la puerta del baño.

Entró y se dispuso a esperar, escondido tras la cortina de plástico que ocultaba la pila del baño.

Tenía el revólver en la mano, dispuesto a disparar sin hacer ruido, gracias al silenciador. Aquella vez la sentencia contra los Chandler iba a cumplirse de un modo fulminante.

CAPÍTULO XVI

Lorna, de nuevo inquieta, abandonó la terraza para subir a la habitación. De pronto había tenido una idea y para ello necesitaba llamar por teléfono y prefería hacerlo desde su cuarto.

Ignoraba el peligro que comenzó a correr desde que tomó el ascensor automático para bajar en la planta sexta.

Caminaba deprisa con la llave en la mano.

La introdujo en la cerradura para abrir, y una vez dentro, oprimió el conmutador de la luz.

La habitación quedó iluminada con la luz suave y grata que alumbraba de modo indirecto.

Se sentó en la cama de espaldas a la puerta del baño.

Tomó el teléfono y pidió comunicación con la policía.

—Deseo hablar con el inspector Funes —dijo.

No advirtió cómo la puerta que tenía tras suyo se abría ligeramente.

Al otro lado, Nick se disponía a escuchar.

Cuando Lorna recibió la comunicación, explicó:

—Soy la señora Chandler. Mi marido debe de estar con el inspector Funes. Tengo que hablar con él urgentemente.

—Lo siento, el inspector acaba de irse.

—¿Y mi marido?

—No le he visto, señora... De todos modos, puede dejar el recado.

—No, no, gracias.

Hablaba con voz agitada.

El gendarme insistió:

—Puede dejarme el recado. Si es urgente...

—Esperaré. Creo que puedo esperar.

—De todos modos —le contestó el policía desde el otro lado del hilo—, el inspector ha salido camino del hotel.

—Gracias.

Colgó y se quedó pensativa.

—¿Existe un medio de descubrir a Nick! —exclamó hablando consigo misma.

Nick estaba apuntando a la espalda de la joven.

Mataría primero a ella y la dejaría en el cuarto de baño, luego sólo tendría que esperar que entrara Barry para terminar con él.

Cuando descubrieran sus cuerpos, nadie podría relacionarles con ellos.

El dedo índice del asesino se cernió sobre el gatillo.

Sólo bastaba una ligera presión.

Sonaría un chasquido apagado. ¡Flapp! Y Lorna Chandler concluiría de un modo trágico su agitada luna de miel.

Ella se había levantado para ir hacia la puerta.

En aquel instante alguien llamó con los nudillos.

Instintivamente, el asesino retrocedió y se escondió.

Aquella llamada no había podido ser más inoportuna para sus propósitos, a menos que se tratara de Barry, en cuyo caso terminaría de una vez con los dos.

Pero no... No era Barry.

Era Helga.

—Perdone, señora. La vi subir y... necesitaba hablar a solas con usted. ¿Me permite pasar?

—Sí, desde luego —murmuró Lorna con cierto recelo.

—Sé que mi visita le parecerá un poco extraña, pero luego me lo agradecerá.

—Pase —invitó intrigada Lorna, cerrando la puerta.

Le indicó una de las butacas para que se sentara. Ella ocupó la otra.

La posición de ambas seguía siendo de espaldas a la ventana.

—¿Un cigarrillo? —ofreció la sueca abriendo su bolso y extrayendo una cajetilla.

—Sí, gracias.

Encendieron con el mechero de Helga, que volvió a guardar en el bolso.

—No quiero meterme en ningún lío, ni exponerme a que me

asesinen, pero sé bastante más de lo que he dicho a la policía.

—Siempre tuve esa impresión. ¿Y por qué no lo dijo?

—Es muy simple. Necesito dinero. No puedo pedir más a mi familia, tengo deudas en el casino y no me queda ni para pagar la cuenta del hotel. Ése es mi defecto, me gusta el juego, apostar fuerte.

—No la comprendo. ¿Viene a pedirme dinero?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque yo conozco al hombre que usted ha estado siguiendo hace poco por la salida lateral.

Los ojos de Lorna se agrandaron.

—¿Usted...?

—Sé que él se oculta de usted, pero algunas veces ha intentado seguirla. Puede que su marido se halle en peligro también.

—Está hablando de Nick Hopkins. Sé que se hospeda en este hotel.

—Sí, pero con otro nombre. Le diré cómo se hace llamar y qué habitación ocupa... Claro que usted tendrá que pagarme una suma considerable, en efectivo. Sé que ustedes tienen dinero.

—No pienso darle nada. Si no quiere decírmelo, el inspector Funes la obligará.

—¿Cómo?

—Le diré lo que usted acaba de decirme.

—Será su palabra contra la mía. Negaré todo lo que le he dicho. Después de todo, yo no conozco a ningún Hopkins. ¿Qué puede hacerme la policía? Piénselo, señora Chandler. Le conviene aceptar. Tal vez mañana no necesite su dinero. Puede estar muerta.

—¡Váyase! Salga de aquí.

Helga aplastó su cigarrillo contra un cenicero y abrió nuevamente el bolso para extraer un pañuelo con el que se limpió los residuos de nicotina que habían quedado en sus labios.

Al dejar de nuevo el pañuelo dentro del bolso, sacó de su interior un pequeño revólver.

Era lo más parecido a una joya de artesanía.

—Está cargado, señora Chandler —dijo apuntando a Lorna.

—¿Se ha vuelto loca?

—Firme un cheque, señora Chandler. En el mismo hotel se lo

pagarán. Iremos juntas a cobrarlo a recepción. Es lo mejor que puede hacer. No se arrepentirá.

Lorna se mantuvo inmóvil. Resuelta a no ceder, ignorando que el peligro no estaba solo en el arma que la sueca esgrimía, sino a su espalda, tras la puerta del baño.

Helga amartilló aquella joya mortífera.

—Dispararé, señora Chandler. Me he arriesgado demasiado y pienso llegar hasta el final. Firme.

Lorna tragó saliva.

Sí. Quizá de momento y para salir del paso le convenía mejor obedecer a la sueca, luego...

Le habían dicho que el inspector estaba camino del hotel. Ya no podía tardar en llegar. Tal vez su marido fuera con él... Eso es lo que estaba pensando Lorna mientras sacaba de su bolso un talonario de cheques.

Lo hacía con movimientos lentos, pausados. Quería ganar todo el tiempo posible.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Pongamos cinco mil...

—¿Cinco mil dólares?

—No es mucho para usted. Ha salido con bastante frecuencia en los «Ecos de sociedad». Su tío es rico y su marido también está en buena posición con lo de los libros que escribe, así es que esta suma no la considero excesiva y, en cambio, a mí me permitirá resarcirme de las deudas.

Y Lorna, siempre parsimoniosamente, anotó la cantidad. Puso la fecha y firmó.

—Ahora iremos juntas las dos. Mi revólver no dejará de encañonarla ni un solo instante. Cualquier tontería por su parte y acabará como los dos huéspedes a los que encontraron estrangulados.

—Entonces..., ¿fue usted? ¿Les pidió dinero y porque no se lo dieron, les mató?

—Hace demasiadas preguntas.

—Usted es una asesina. Usted...

No pudo concluir.

La puerta se abrió violentamente y en el umbral apareció Barry acompañado del inspector Funes y su ayudante Dupont.

—¡Cuidado! —exclamó Lorna—. Tiene una pistola.

—¡Al suelo! —gritó Barry.

La sueca ante lo inesperado de aquella aparición, optó por precipitarse hacia la terraza, mientras el inspector y su ayudante efectuaban dos disparos para amedrentarla.

También Barry sacó su revólver.

Helga se descolgaba ya de la barandilla con gran elasticidad de movimientos.

Saltó hacia la terraza del piso quinto.

—Baje, Dupont, y avise a los agentes que están de vigilancia. No la dejen escapar.

Barry se precipitaba hacia la terraza para perseguir a la fugitiva.

Helga intentaba descolgarse para saltar a la terraza del cuarto piso, pero en su precipitación calculó mal la distancia y sus pies chocaron en la barandilla.

Agitó las manos en el aire para asirse a algo inexistente. Por fin perdió totalmente el equilibrio y cayó al vacío.

* * *

La presencia del inspector en la habitación, hizo que Nick Hopkins optara por aplazar la ejecución de los Chandler.

De momento, lo importante para él era no ser descubierto.

Y no lo fue porque a nadie se le ocurrió entrar al baño.

Barry regresó con su mujer y enseguida los dos, acompañados de Funes, bajaron al *hall*.

Lorna necesitaba un buen trago para reanimarla de la tensión vivida en los últimos instantes.

Ya en el bar, ella preguntó:

—¿Cómo supiste que Helga estaba conmigo?

—El inspector quería hablar con ella y un botones dijo que la había visto entrar en nuestra habitación. Por eso subimos los dos directamente. Me extrañó que estuviera contigo. Funes tiene motivos suficientes para sospechar de ella como presunta asesina de Alvarado y de Harwey. En ambos casos estuvo con la víctima más o menos en el momento de producirse el crimen, y si en la muerte del primero no negó que había estado con él, ocultó, sin embargo, que la noche que mataron a Harwey había estado con él.

Hizo una pequeña pausa y añadió:

—Llegamos oportunamente.

—Pero ahora quizá nunca sepamos la verdad. Si ella muere...

Funes informó que había sido internada en el hospital en estado muy grave.

Lorna añadió:

—Ella sabía bajo qué nombre se oculta Hopkins, porque está en el hotel. Ahora ya sé de qué escalera se vale para entrar y salir sin pasar por delante de los demás clientes, y es posible que no le veamos en el comedor porque se hace servir las comidas en su habitación.

—¿Has vuelto a verle? —preguntó Barry.

—Sí. Apenas tú te habías marchado, luego subí para llamarte, creo que hay un modo de descubrirlo.

—Desde luego hay varios medios sin necesidad de registrar todas las habitaciones, a menos que ese Hopkins pudiera ser considerado como sospechoso de asesinato.

—Yo pienso que conociendo a todos los huéspedes —adujo Lorna—, sólo es necesario ir a las habitaciones del único que no baja nunca. No hay demasiados clientes y usted, inspector, puede pedir al encargado que le muestre la lista y pregunte por el hombre que pasa la mayor parte del tiempo en su habitación.

—Eso es muy fácil. Lo haremos ahora mismo.

CAPÍTULO XVII

—¿Marcel Durand? —repitió Barry cuando el encargado dijo que era el hombre que solía quedarse siempre en su habitación del octavo piso.

—Sí. Es un caballero joven, de buen porte. Coincida con la descripción que el señor Chandler ha hecho de él.

El director del establecimiento, presente también, puso un gesto de resignación.

—Parece que la desgracia se haya cebado en mi establecimiento. Por favor, señores, les ruego actúen con la máxima discreción. Ya ha sido bastante el escándalo. He perdido a varios clientes... Ustedes mismos han sido testigos. Eran buenos clientes que ya he perdido para siempre.

—Descuide —prometió Funes.

El encargado adujo.

—El señor Durand parece una persona respetable. Su pasaporte está en regla. Dijo que venía a descansar. A menudo vienen clientes que apenas salen de sus habitaciones y naturalmente respetamos sus deseos.

Barry atajó.

—Bien. Ha dicho usted la 821, ¿verdad?

—Sí...

Funes hizo una seña a uno de los agentes.

—Venga conmigo.

Barry se agregó a los dos policías, mientras Lorna se quedaba en el comedor.

Pero entretanto, Hopkins previniendo su posible captura había abandonado su habitación deslizándose por la escalera de servicio.

Funes, por su parte, ordenó al agente:

—Usted utilice la escalera interior, no sea que el pájaro vuele.

El ascensor llegó hasta el piso octavo, cuando el agente estaba en el primero en el momento en que Hopkins aparecía en el rellano.

—¡Alto! —gritó el agente.

Hopkins, viéndose acorralado, disparó.

El agente cayó hacia atrás alcanzado en un costado.

Hopkins prosiguió su carrera. Ahora ya no tenía más remedio que huir. Había sido descubierto, pero estaba dispuesto a jugar hasta el último aliento.

En vez de buscar la salida, fue hacia el *hall* del hotel, que cruzó rápidamente.

El encargado de recepción le vio fugazmente y dudó sobre lo que tenía que hacer.

Hopkins estaba ya en la terraza buscando con la mirada a Lorna.

Sí. La vio allí. Había más gente, pero no vaciló en llevar a término el plan que había trazado de manera fugaz.

Sacó el revólver y encañonó a la joven.

—¡Vamos! De prisa. Vaya delante.

—¿Eh? —Se sobresaltó ella.

Algunos clientes se apartaron. Una mujer chilló. Los demás quedaron indecisos. Hopkins encañonaba a todos para amedrentar a cualquier posible cliente que tratara de ayudar a Lorna.

—Que nadie intente nada.

Empujó con violencia a la muchacha.

—Camine o se quedará aquí para siempre.

Lorna vio la muerte muy de cerca. Hopkins estaba acorralado y, por lo tanto, dispuesto a todo.

Siguió siempre bajo la amenaza del revólver.

El, la iba empujando hasta llegar a la calle.

Poco después la obligaba a subir al coche por el lado del volante.

—Conduzca usted. Y haga exactamente todo lo que le diga.

Ella asintió.

Notaba el duro contacto del cañón del arma apoyada en su costado derecho.

Tuvo que dar el encendido aun en contra de su voluntad.

—Ahora pise a fondo y tenga cuidado. Mucho cuidado.

Le fue indicando las distintas calles hasta desembocar en la

carretera que seguía la dirección norte.

—Apriete más, apriete más. Quiero ver que la aguja marca los ciento sesenta.

—No es posible... La carretera es demasiado peligrosa.

—¿Tiene miedo, eh? ¡Apriete! Pise a fondo. Domine sus nervios, mientras corra vivirá. Funes había ordenado bloquear las carreteras, mientras Barry se lanzaba desesperadamente en el automóvil de alquiler que había adquirido para su estancia en la Costa Azul, en persecución del hombre que acababa de raptar a su esposa.

Hopkins llevaba una considerable ventaja que intentaba aumentar hostigando a Lorna.

—¡Vamos, vamos! Esto no es un paseo.

—Por más que corra, no conseguirá escapar. Darán aviso a todo el país. Le acorralarán, Hopkins... Es mejor que se entregue... Usted ya ha cumplido su condena... ¿Por qué quiere vengarse?

—Usted no sabe nada, Lorna. Nada de nada, pero no estoy dispuesto a que me lo estropee todo.

—¿Estropearle qué? —preguntó ella mirándole fugazmente.

—¡No se distraiga! Mire la carretera y no haga preguntas. Soy yo quien da las órdenes.

—Es tiempo perdido, Hopkins.

—No. No lo es. Con usted en el coche no se atreverán a disparar contra mí. Es mi salvoconducto. Ya verá lo lejos que llegamos.

—No hay demasiada gasolina —sonrió ella aparentando serenidad.

Hopkins ahogó una maldición.

—No importa. Nos detendremos en el primer surtidor. Y cuidado con lo que hace.

Una patrulla había localizado el paso del automóvil y pasaba aviso a la central.

Funes ordenaba a través de la radio de su coche:

—Atención central. Que rodeen todo el sector, pero no efectúen ningún disparo. La señora Chandler va en el coche. Cérquenle todo lo posible, pero sin acercarse demasiado.

Es un hombre furioso, va armado y ha disparado contra un gendarme.

Barry era el que había tomado más delantera, aunque Hopkins le llevaba más de diez kilómetros de ventaja muy difíciles de superar,

porque su coche corría bastante más.

Sólo quedaba la posibilidad del tiempo que podían perder para detenerse a cargar de gasolina el coche.

La carretera serpenteaba por la falda de una montaña.

Un indicador anunciaba la proximidad de una estación de servicio.

—Deténgase. No hable. Yo pediré lo que deseo.

La gasolinera estaba a quinientos metros.

Lorna obedeció, guardando silencio. Aunque Hopkins hubiese ocultado el revólver, le creía capaz de utilizarlo no sólo contra ella, sino contra todo aquel que se le pusiera por delante.

—Llene el depósito. Y dese prisa.

—¿Le miro el aceite? —preguntó el encargado sin mostrar demasiados deseos de apresurarse.

—Le he dicho que llene el depósito —masculló frenético Hopkins.

El empleado llamó a un ayudante. Un muchachote joven y pecoso.

—¡Eh, Jacques! Limpia un poco el coche. Está lleno de polvo.

—¡Sólo me interesa la gasolina! —espetó arrojándole un billete de diez dólares.

—Quédese con todo, pero acabe de una maldita vez.

Ya sin más palabras, el encargado cumplió la orden, y apenas el tapón del depósito había sido roscado, que Hopkins ordenaba a Lorna:

—Vamos. No podemos perder ni un segundo.

Ella pisó nuevamente a fondo.

Sabía que su vida dependía de sí misma. Mientras fuese útil a Hopkins seguiría viviendo.

—¿Por qué hace esto? —preguntó.

—Le dije que se callara. Es peligroso distraerse. —No creo que lo haga tan mal—. Le conviene.

—Hopkins... Usted sólo intentó robar un par de bolsos...

—Sí. Eso es lo que hice y pagué con dieciocho meses.

—Ahora podría empezar una vida honrada. Esto que hace carece de sentido.

—¡Cállese de una vez, maldita lengua larga!

Apretó con más fuerza el cañón del revólver contra el costado de

la joven que chilló de dolor.

—Me está haciendo daño.

—Así se callará.

—Conseguirá que nos estrellemos.

—No, Lorna... Usted no quiere estrellarse y seguirá cumpliendo mis órdenes. Continúe, y no disminuya la marcha para nada.

Barry, aunque había conseguido sacar alguna ventaja, seguía todavía bastante atrás.

CAPÍTULO XVIII

Amanecía cuando llegaron a un villorrio con aspecto abandonado.

Los postes indicadores habían sido arrancados.

La aridez del suelo era fiel reflejo de la carencia de vida.

Era uno de los pueblos que lentamente había sido abandonado por sus habitantes. No podía ser considerado sino como una aldea con media docena de casas y una vieja y rústica ermita sobre un pequeño promontorio.

Aquél fue el sitio que eligió Hopkins.

Estaba amaneciendo y Lorna ya no podía seguir al volante.

No es que Hopkins la compadeciera. Descansaron para su propia seguridad.

El auto había quedado oculto tras la ermita, por una de cuyas ventanas él vigilaba la carretera.

—Duerma. Le conviene. Dentro de un par de horas, seguiremos.

—Escuche, Hopkins, aunque me mate no podrá pasar ninguna frontera. Francia será una cárcel para usted.

—Tengo dinero, nena. Y eso abre muchas puertas. ¿Conoces algo que no se compre con dinero?

—¿Dinero? ¿No acaba usted de salir de la cárcel?

—Anda, duerma. No tengo por qué darle explicaciones.

A pesar de la tensión, el cansancio, los nervios de aquella loca carrera y el sueño, pudieron con Lorna, que acabó echando una cabezadita.

Apenas cinco minutos después, el auto de Barry cruzó la aldea abandonada como una exhalación.

Hopkins sonrió satisfecho al entender que el marido de Lorna seguiría a partir de entonces una pista falsa.

Entretanto, y mientras el gendarme herido guardaba cama en el hospital en estado de pronóstico muy grave, en el laboratorio se había trabajado de prisa con la bala extraída del cuerpo del policía.

Y Funes en la carretera pedía noticias.

—Hemos perdido todo contacto.

—Inspector —le informaron de la central—, las pruebas del laboratorio están listas. La bala que extrajeron del cuerpo del agente pertenece a un «Colt» automático del calibre treinta y ocho.

—Saquen fotografías para remitir a la policía de San Francisco, puede que les interesen, aunque de todos modos Hopkins o Durand, o como se llame, tendrá que pagar primero su atentado contra el agente.

A continuación recibió información con respecto al punto donde se había perdido todo contacto con el fugitivo.

Funes detuvo el automóvil y sacó un mapa de la zona. En el plano figuraba el villorrio abandonado.

—Necesitarán descansar en un sitio donde nadie puede verles. La descripción ha sido retransmitida por todas las emisoras... Entonces...

Y sin concluir la frase, señaló el punto en el mapa.

Pero Barry Chandler también había rectificado la ruta.

Y ya estaba detenido ante las dos primeras casas.

El polvoriento suelo reflejaba las huellas del auto que le había precedido.

Sabía que estaban allí, pero tenía que ir con mucho tiento. La vida de su mujer estaba en juego.

Con el revólver en uno de sus bolsillos, avanzó pegado a la pared de una de las casas.

Una ráfaga de viento abrió violentamente una puerta.

Se revolvió rápido con el arma en la mano.

Siempre pegado a la pared, se deslizó hacia el interior de la casa.

La estancia —una sala grande—, polvorienta, en completo abandono, contenía restos de muebles carcomidos por el paso del tiempo.

Una mesa que le faltaba una pata, un par de sillas tumbadas. Al

fondo, lo que había sido la cocina, todo enmohecido.

Barry avanzó y sus pasos resonaron por toda la casa.

Comprobó que estaba vacía.

Desde la ermita, Hopkins lanzó una maldición y despertó a Lorna.

—¡Vamos! Quiero tenerte bien despierta. Asoma y *verás* quién está ahí.

Barry había salido por la parte trasera de la casa y miraba hacia todas direcciones buscando el lugar donde podían haberse escondido.

El suelo pedregoso impedía seguir las huellas de los neumáticos del coche.

Desde donde estaba, y a medida que iba avanzando, ofrecía un blanco excelente.

Hopkins apuntó cuidadosamente con el arma.

—¡No! —gritó ella—. ¡Barry!

Se avalanzó con valentía, aferrándose al brazo de Hopkins, que durante unos instantes se vio atenazado, imposibilitado de todo movimiento, pero al fin su fuerza se impuso y pudo empujar a la joven hacia un rincón.

Lastimada, Lorna ahogó una exclamación de dolor, mientras Hopkins disparaba furioso, pero ya Barry había tenido tiempo de parapetarse tras los restos de una pared.

—¡Lorna! —gritó—. ¿Estás bien?

Fue Nick Hopkins el que respondió.

—No me acorralen, Chandler. Dígalo a los policías. No lo hagan si quiere ver con vida a su mujer. Ahora ella está bien, pero si he de caer, le juro que ella irá delante.

Barry comprendía lo difícil y delicado de la situación.

—No se atreva a tocarla, Hopkins... No se atreva, porque le despedazaré con mis propias manos.

—Lárguese, Barry. Quiero el camino libre. Si dentro de media hora sigue aquí, mataré a su mujer. Ya lo ha oído.

Barry guardó silencio.

Hopkins tenía todas las de ganar.

CAPÍTULO XIX

Una hora más tarde la zona estaba rodeada.

Funes con su ayudante y otros dos agentes, cortaban el paso por el lado sur.

Otros cuatro coches situados en distintos puntos estratégicos fuera de la vista del fugitivo, controlaban toda posible salida.

Barry, junto al inspector, se mesaba los cabellos.

—Si nos descubre, será capaz de cumplir su amenaza. Advierta a sus hombres, inspector. Que no hagan nada. Ya encontraremos algún medio, pero quiero recuperar a toda costa a mi esposa con vida.

—Descuide, Chandler. Todos los hombres saben lo que tienen que hacer. Por nosotros no quedará.

Y Hopkins salía de la ermita escudándose en la maltrecha Lorna, a la que encañonaba con el revólver.

Atenta la mirada y con los sentidos en tensión, el asesino avanzaba sin dejar de empujar a la mujer con el cañón de su «Colt» automático, hasta que llegaron junto al coche.

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

Barry había regresado a la zona de las primeras casas abandonadas y podía ver todos los movimientos de Hopkins.

Entonces se le ocurrió la única solución.

Desesperada y peligrosa, pero no veía otra salida.

Se encaramó sobre las tejas de un pequeño cobertizo.

Su cuerpo quedó protegido por la pared de la vieja casa en ruinas, mientras el automóvil arrancaba hacia la carretera.

Hopkins ocupaba igual que antes el asiento contiguo al del conductor y Lorna había puesto ya el motor en marcha.

El descenso por entre las piedras del villorrio era lo más difícil y

tenía que hacerse a marcha lenta.

Barry, con las piernas flexionadas, tomó impulso.

Empuñaba el revólver con la mano derecha, mientras calculaba los movimientos precisos que debía hacer para que su ayuda no resultara fatal a Lorna.

El auto se acercaba.

Tres metros.

Dos.

Uno.

Todo el cuerpo del ex policía estaba en constante vibración.

Por fin pasó el auto y Barry respiró profundamente, lanzándose sobre el techo.

Hopkins asomó la cabeza por la ventanilla y Barry, aguantando el equilibrio, descargó el cañón del arma contra la sien del asesino, que no recibió el golpe de lleno porque pudo esquivar ligeramente.

—¡Fuera, Chandler! Fuera...

Barry intentó golpearle de nuevo.

Hopkins tenía que utilizar las dos manos para librarse de aquel inesperado ataque.

Lorna, sin vacilar, frenó el coche, abrió la portezuela y se lanzó fuera, mientras Hopkins revolviéndose furioso disparaba contra ella, pero ya era tarde para alcanzarla.

Salió fuera y volvió el cañón del arma hacia Barry, pero éste, prescindiendo del revólver, se lanzó sobre él derribándolo.

Los dos hombres cayeron rodando por entre las piedras.

Crujieron los huesos de sus espaldas, mientras seguían abrazados.

Barry consiguió deshacerse de su antagonista, e incorporándose primero, catapultó su derecha que alcanzó a Hopkins en pleno mentón.

El asesino saltó hacia atrás como impulsado por un resorte.

Barry, implacable, se lanzó contra él y sin dejar que se levantara, montado a horcajadas contra su cuerpo, comenzó a golpearle, ora con la derecha ora con la izquierda.

Pegaba con ferocidad, con rabia.

Y siguió castigando duramente aquel rostro asesino que estaba sangrando por todas partes.

Fue la voz del inspector Funes quien le detuvo.

—Ya está bien, Chandler. Serénese.

Todavía continuó aplicando unos cuantos golpes hasta que dos agentes le separaron.

Jadeante, contempló el cuerpo inmóvil del asesino.

Luego, buscó con la mirada a Lorna que con los ojos humedecidos, vencida por el esfuerzo y la emoción, se arrojó a los brazos de su marido.

La caza había terminado.

CAPÍTULO XX

Helga había muerto en el hospital.

Antes de morir aseguró:

—Yo... no tuve nada que ver con esas muertes. No. No fui yo. No fui yo... Fue él... Durand... O Hopkins... Yo únicamente quería sacar provecho.

Ya no importaba aquella confesión de inocencia antes de morir, porque la verdad era ya sabida gracias al informe recibido de San Francisco.

Las pruebas con los revólveres pertenecientes a los tres hombres que murieron, Carter, Alvarado y Harwey, revelaron algo que hasta entonces había quedado en el más absoluto de los misterios.

Dos de aquellos revólveres, concretamente el de Carter y el de Harwey, habían sido los mismos que mataron a uno de los guardas diecinueve meses antes en el atraco a la fábrica conservera.

Por último, la bala que extrajeron del cuerpo del agente de policía francés, había sido disparada por la misma arma que mató a otro de los guardas durante el atraco. La explicación era obvia. Atar cabos era ya muy fácil.

Luego estaba el dinero, oculto en una consigna de San Francisco, del que sólo faltaban dos mil quinientos dólares que Hopkins había utilizado para el viaje y estancia en Niza.

Acorralado, sin posibilidad de demostrar su inocencia, acabó confesando de plano.

Empezó explicando cómo lo había planeado todo, pasando por lo de su amistad con Ida, para terminar admitiendo:

—Sí. El dinero lo quería todo para mí... Les había citado en ese hotel con el propósito de irles eliminando uno a uno.

Explicó también por qué quería librarse de los Chandler.

—Ida me pidió que aplazara el viaje, pero ¿qué importaba un muerto más o menos?

Sí... Hubiese podido matarles. Me confié demasiado, y luego apareció esa sueca...

—¿De veras no era amiga tuya?

—No. Yo estaba en la habitación de los Chandler aquella noche. Sólo bastaba apretar el gatillo y Lorna hubiese caído, pero apareció Helga y quise esperar para ver lo que sabía.

Hizo una pausa.

—Vacilé. Ella tenía un arma. Era una mujer decidida. Era demasiado riesgo, eso me hizo dudar, luego ya fue demasiado tarde porque apareció Barry Chandler y el inspector. Pensé que todavía tendría tiempo de huir... ¡Está bien! Eso es todo. He perdido. Ahórquenme si quieren. Ahora todo ha terminado.

Cuando Barry salió de la oficina de Funes, se hizo un firme propósito. No hablar para nada a su esposa de la participación de Ida en todo aquel asunto.

No. Sería un golpe demasiado fuerte para Lorna. Ida había sido siempre una buena amiga. Por lo menos ella la consideraba como la mejor. Ahora ya estaba muerta. ¿Por qué quitarle la confianza en la gente? Al fin y al cabo, Ida no había sido nada más que una mujer a la deriva, un alma perdida en una jungla de asfalto donde los lobos se aprovechan de la ambición humana para satisfacer la suya propia.

—Pero los planes mejor preparados también pueden fracasar —dijo poco después a su esposa, camino de Italia a bordo de un reactor.

—Y Helga... ¿Qué era en realidad?

—Lo que te confesó a ti. Una apasionada por el juego que había perdido cuanto tenía. Estuvo casualmente con Alvarado primero, y con Harwey después, siempre poco antes de ser asesinados, pero su intención era sacarles dinero. Eso era todo.

El avión continuaba su ruta bajo el límpido cielo latino.

Tras una pausa, Barry besó a su esposa al tiempo que murmuraba:

—Y ahora, basta de hablar de todo esto. Creo que ya es hora de que empecemos de veras nuestra luna de miel.

Rodeó a su mujer con un brazo y ella se acurrucó buscando el

amparo del pecho varonil de su marido.

Posiblemente por una larga temporada, Lorna dejaría de pensar en sus teorías sobre la criminalidad. Había pasado una amarga experiencia que sólo olvidaría gracias al futuro feliz que presagiaba.

Sí. Barry tenía razón, era mejor olvidarlo.

Tenían cosas mucho más gratas en que pensar.

La luna de miel empezó realmente a partir de aquel momento.

FIN



María Victoria Rodoreda nació en Berga, provincia de Barcelona, aunque muy pronto se trasladaría a la capital, donde residió hasta su muerte, que tuvo lugar el 22 de julio de 2010 a los 79 años de edad. Allí conoció a su esposo, Juan Almirall Erliso (1931-1994)

que había comenzado a escribir guiones y novelas y fue quien la animó a presentar sus primeros trabajos en las editoriales, comenzando así una extensa trayectoria como escritora. Más adelante, y dado que la demanda de originales fue creciendo, extendiéndose a todos los géneros, ambos decidieron trabajar de forma conjunta. Como cabía esperar dado su lugar de residencia, María Victoria siempre se movió por las órbitas de las editoriales de la Ciudad Condal, Toray primero y más tarde Bruguera y Producciones Editoriales, heredera esta última de la también barcelonesa Ferma. Una peculiaridad de María Victoria Rodoreda fue su afición a coleccionar seudónimos, hasta el punto de convertirse en la más prolífica, en lo que a éstos se refiere, de todos los autores de ciencia-ficción popular españoles. Catorce en total. Los siguientes en orden de mayor a menor utilización: Marcus Sidéreo, Vic Logan, Rand Mayer, Al Sanders, Boris Marcov, Holm van Roffen, Ian de Marco, Joseph Lane, Mark Donovan, Rock

Marley, Douglas Kirby, John Talbot, Kent Duvall y John Randall. Este último, por cierto, era un seudónimo habitual de su esposo, pero fue ella quien lo utilizó para firmar la novela Cuando todo termine, número 8 de la colección Infinitum. Además de los ya citados bolsilibros de ciencia-ficción, su legado es muy extenso, abarcando la totalidad de los géneros: romántico, bélico, espionaje, policíaco, terror, oeste... sin que ni ella ni su esposo dejaran ninguno por tratar. Asimismo firmó con su propio nombre, M.

V. Rodoreda,

numerosos guiones para cómics de colecciones tales como Hazañas Bélicas, Serenata, Babette, El Dúo Dinámico, Hazañas del Oeste... Por último, adaptó guiones de cuentos clásicos editados principalmente por las editoriales Toray y Bruguera. A raíz del colapso de las colecciones de bolsilibros y de la práctica totalidad de la literatura popular a mediados de los años ochenta, que por lo general supuso un mazazo para todos los que habían hecho de ella su profesión, María Victoria se apartó del mundo editorial, mientras su esposo todavía continuaría vinculado a él durante algún tiempo alternándolo con otras actividades.

Notas

[1] Para un primer delito de esa índole, la pena en el Estado de California no suele ser superior a tres meses, pero cuando el individuo tiene algún antecedente, como era el caso de Hopkins, puede oscilar de uno a tres años de cárcel, incluso más, según las reincidencias. < <